



ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO X. — TOMO VIII.

NÚMERO 35. — Madrid 15 de Diciembre de 1885.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

#### SUMARIO

TEXTO.—*La Decena*, por Blas.—*Crónica universal*, por X.—*Los grabados*.—*Arbitraje y mediación de los Papas* (conclusión).—*Un sermón del P. Camplido* (continuación).—*Enciclica* (continuación).—*Medios artificiales de extinción de la langosta*, por J. R. V.—*Patriotismo y abnegación* (conclusión), por Esteban Marcel.—*Conocimientos útiles*.—*Miscelánea*.—*Advertencia*.  
GRABADOS.—*El Salvador y santos Cirilo y Metodio*.—*La Plaza Mayor de Madrid en los días de Navidad*.—*Vista exterior de la catedral de Toledo*.—*Rdo. P. Dschuga*.

#### LA DECENA

**D**ICHOSO aquel que cae y se levanta!

Así exclamé yo á las nueve en punto de la noche del 1.<sup>o</sup> de Noviembre del año (que para mí ha sido de gracia) de 1885.

Poco puede importar, seguramente, á mis lectores que Blas tenga un cariñoso amigo en el barrio de Argüelles; que se dirigiera á su casa en la noche citada; que para hacerlo montase en el tranvía de Pozas, y que al apearse, en la calle de la Princesa, marchando el coche á toda velocidad, sufriese un percance tan parecido á una caída como se parece un viejo imprudente á un muchacho sin juicio.

Por no haber caído en la cuenta de mis años y consiguiente falta de agilidad, caí en la carretera, después de ser arrastrado un buen trecho por el vehículo.

No trato de encomiar las excelentes condiciones de la caída, porque no se figuren ustedes que lo hago con el fin de deshacerme de ella; pero pueden creer sin desconfianza que fué, si no precisamente de superior calidad, por lo menos de lo mejorcito que se trabaja en su clase. Así lo reconoció el cobrador del tranvía, que se llegó á mí á todo correr y me ayudó á levantar, no sin reconvenirme cariñosamente por mi falta de prudencia.

Entonces fué cuando exclamé: ¡Dichoso el que cae y se levanta!

Vuelvo á decir que nada de esto puede interesar á ustedes, pero lo que es á mí me interesó soberanamente, y además me interesó el hombro y brazo derecho, amén de otros desperfectos de menor cuantía en las rodillas y en las palmas de las manos. Estos últimos intereses pude solventarlos en pocos días; mas para los del brazo no alcanzaba el modesto haber de mi voluntad, y tuve que hacer suspensión de pagos con mis acreedores *decenistas*. Otra persona, con más caudal de inteligencia, ha pagado

generosamente mi deuda con los lectores; de manera que, por esta parte, han salido ustedes ganando.

Hoy me pongo á escribir, aunque con alguna dificultad, deseoso de reanudar mis relaciones periódicas con los suscritores de LA ILUSTRACIÓN, á quienes nunca podré pagar la benevolencia sin límites con que soportan mi gárrula locuacidad.

Esto de « voy á escribir » se dice pronto; pero la verdad es que he de verme apurado para cumplir mi ofrecimiento, porque al echar una mirada sobre

los acontecimientos que se han sucedido en los diez últimos días, no encuentro materia para mi revista.

En la esfera política no tiene hora mi reloj, y por lo tanto, he de buscar en otras esferas asunto para llenar las cuartillas que tengo bajo mi mano.

Desde que puse el hombro en el pavimento de la calle de la Princesa, no he puesto los pies en ningún espectáculo público, y por lo tanto, nada puedo decir, por cuenta propia, de novedades teatrales.

He visto, sin embargo, en los periódicos que se ha estrenado en la Zarzuela con buen éxito un drama lírico de los Sres. Zapata y Marqués, titulado *Un regalo de boda*. Me basta conocer los nombres del poeta y del músico para afirmar, sin conocer la obra, que no pecará de falta de lirismo. Zapata hace música con las quintillas, y Marqués hace versos con las semicorcheas.

Otra novedad (si así puede llamarse á una cosa vieja cuando se exhibe de nuevo después de algunos años de ausencia) es la presentación del eminente tenor español Gayarre en el Teatro Real. Parece que el público ha acogido con un entusiasmo delirante á su tenor favorito, que ha recibido tantas ovaciones cuantas son las óperas que ha cantado hasta este día.

Hemos convenido en que el mérito de Gayarre es indiscutible, y por consiguiente, no voy á discutirlo. Pero yo necesito discutir algo, y puesto que no se me permite discutir las eminencias, tendré que discutir las vulgaridades. Hay una que se repite en todos los tonos, y corre todas las escalas, y se correa en todas las reuniones: esa vulgaridad consiste en decir que *no se premia el mérito*. Si con esta frase se quiere significar que no se aprecia debidamente á los hombres de genio, á los grandes filósofos, á las lumbreras de la ciencia, á los bienhechores de la humanidad, puede pasar; y cuenta que, ya en este camino de discutir vulgaridades, sería muy discutible eso de llamar hombres de mérito á los que, por pasatiempo, se dedican á ilustrar al mundo. Pero decir que no se premia el verdadero mérito, cuando el Sr. Gayarre recibe cada noche un millón nominal en aplausos y mil duros en billetes efectivos del Banco de España, equivale á afirmar que los maestros de escuela hacen trinos de alegría al ver los pocos adelantos de sus discípulos y los muchos atrasos de sus asignaciones.

El Teatro Español ha abierto de nuevo sus puertas, cerradas durante algunos días á causa de la grave enfermedad del Sr. Vico, hoy por fortuna en



EL SALVADOR Y SANTOS CIRILO Y METODIO.  
Pintura bizantina (siglo IX).



convalecencia. Por este dato puede juzgarse la situación de nuestro teatro clásico. Nadie acertaría á comprender que la existencia de un teatro que lleva en su solo título tan altas pretensiones, dependiese de la indisposición de un solo actor, aunque este actor valga tanto como Vico.

\*\*

Al género de espectáculos públicos pertenece un drama corrido, más bien que representado, en las calles de Granada hace algunos días. El protagonista ha sido un jovenzuelo de dieciocho años. Empezó por disparar cuatro tiros de revólver contra su novia, dejándola gravísimamente herida. Hirió después, gravemente también, á un cabo de orden público. Prosiguió su faena, alentado sin duda por el buen éxito, é infirió dos heridas distintas á dos distintos serenos. Disparó luego dos tiros, que aunque también distintos, fueron á dar sobre un solo inspector de vigilancia nocturna. Por último, y después de varios disparos que le hicieron sus perseguidores, cayó á su vez herido, á lo cual se debió, sin duda alguna, que no se aumentase el catálogo de sus víctimas.

Asusta considerar tan precoz perversidad, y no quiero entrar en reflexiones de otro género, tratándose de un hecho en el que entienden los tribunales de justicia.

\*\*

Algún autor moderno aprovechará, para hacer un melodrama de los que hoy están en boga en ciertos teatros, otro suceso ocurrido en un pueblo cuyo nombre citan los periódicos, pero que yo no recuerdo en este momento.

Doce hombres armados con carabinas secuestraron á un rico propietario de la localidad y á otro sujeto, no sé si de su misma familia, en pleno día, y los arrastraron al monte inmediato, á vista de los hijos del hacendado y de una gran parte del vecindario que había acudido al sitio del suceso.

Los bandidos, sin desconcertarse ante la amenazadora actitud de los vecinos, intimaron á éstos que los dejaran el paso franco, so pena de ver asesinados en el acto á los secuestrados. Los vecinos se arredraron temiendo comprometer la vida de los prisioneros, y los secuestradores no tardaron en desaparecer y en ponerse á cubierto de las iras populares.

Y no pasó más.

Los periódicos de donde he tomado esta noticia no añaden más detalles que el consabido: «Los secuestradores no han sido habidos.»

Por mi parte, no me atrevo á dar suelta á una cuerda de comentarios que tengo encerrados en la mente, por miedo de que se rían de ellos los secuestradores.

\*\*

Los físicos se están devanando los sesos para explicar el extraño fenómeno que se ha observado en Ronda. Parece que ahondando algunos centímetros en la tierra, durante la noche, se produce la salida de vapores luminosos muy semejantes á los del fósforo. El experimento se ha repetido en distintos puntos, distantes unos de otros, y siempre con igual resultado.

Siento no ser sabio para echarme á pensar sobre un hecho que, á pesar de su carácter lumínico, se ofrece tan oscuro. Pero sí me atreveré á llamar sobre él la atención del Municipio de Madrid, á fin de que mande practicar, por vía de ensayo, algunas calicatas en el subsuelo de esta corte. Si, por suerte, las pruebas dieran el mismo resultado que en Ronda, tendríamos las calles alumbradas de noche, *desideratum* de todos los habitantes de Madrid y que no ha podido realizar, á pesar de sus laudables esfuerzos, el gas hidrógeno que sale á tientos por los mecheros de los faroles.

\*\*

Se ha inaugurado la primera de las llamadas *Tien-das-asilos* proyectadas para los diferentes distritos de la capital.

Me agrada el pensamiento, si ha de redundar en beneficio de los pobres, que podrán por una excesivamente módica cantidad, aplacar los rigores del hambre, y aplaudo sin reservas los caritativos esfuerzos (no quiero llamarlos *filantrópicos*) de los promovedores de esa idea, algo más moderna, pero también algo menos barata, que la tan vilipendiada *sopa de los conventos*, que alimentaba gratuitamente á tantos centenares de personas desvalidas.

\*\*

Los funerales por el eterno descanso del Rey Don Alfonso (q. e. e. g.) se han celebrado el último sá-

bado, con la suntuosidad propia del caso, en la magnífica iglesia de San Francisco el Grande, y con asistencia de treinta y ocho Prelados, de los representantes extranjeros (aun los que no pertenecen á la religión católica) enviados para este acto, del elemento oficial, de comisiones de distintos centros y de un público tan numeroso como permiten las dimensiones del templo.

La ceremonia religiosa, ajustada á las severas prescripciones de la liturgia, ha sido por lo mismo más grandiosa é imponente.

¡Dios haya acogido benigno las preces de la Iglesia por el alma del malogrado Monarca!

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL

**B**EINA grande oscuridad en la cuestión de Oriente. Ni puede calcularse el desenlace de la presente guerra servio-búlgara, ni el partido que tomarán las grandes potencias en vista de la complicación de los sucesos.

El parte más interesante de los últimos que nos llegan de Viena dice que se iban á reanudar las negociaciones entre las potencias para obtener la paz apetecida. Para llegar á este resultado creen que es preciso hacer concesiones á los búlgaros en detrimento de los servios. De otra suerte, considérase imposible una solución pacífica.

Las concesiones estarán basadas en ventajas territoriales. Al efecto se trata de nombrar una comisión técnica compuesta de todos los agregados militares de las embajadas acreditadas en Viena, cuya comisión se encargaría primero de fijar las condiciones para la prórroga del armisticio y de la rectificación de los límites servio-búlgaros.

Mientras durasen las negociaciones para la paz definitiva, el ejército búlgaro seguiría ocupando sus actuales posiciones en el distrito de Pirot, y los servios, que en el Norte conservan una pequeña parte del territorio búlgaro, se retirarían á la izquierda del río Timok.

Este despacho debe ser de origen búlgaro, pues otras noticias afirman que los servios no están dispuestos á dejarse arrebatar un terrón de sus montañas y emprenderán de nuevo la guerra con esperanzas de obtener la revancha.

Dice el rey Milano que sus tropas han sido batidas porque había batallones que no tenían apenas oficiales, y además, las tropas eran bisonas; pero que llamada ahora la reserva, que se compone de soldados aguerridos, la suerte de las armas cambiará.

Del remedio para la falta de oficiales, nada dice; pero ya se comprende que la falta podrá suplirla con oficiales austriacos, puesto que Austria le empuja á la guerra y le sostiene impidiendo al príncipe Alejandro llegar á Nisch y acaso, acaso á Belgrado.

Sea de esto lo que quiera, la cuestión de Oriente palpita hoy como nunca, y por mucho que pueda lograr el deseo de Bismarck de no entristecer los últimos años de la vida del emperador con una nueva guerra, será fácil que la guerra se imponga á todos y al mismo Bismarck.

La primavera va á ser poco risueña en los Balcanes.

La situación de Francia es tristísima; ya no es sólo la anarquía el mal que hay que lamentar, sino la bancarrota por efecto de los escándalos administrativos.

La información relativa á la guerra de Tonkín causa ya horror á los mismos que con más ardor y con más pasión la habían reclamado. Se manifiestan con amargura unas veces y con furor otras contra los informantes, por haber *informado demasiado*. La disciplina militar, el honor mismo del ejército, la dignidad del país entero y sus intereses, dicen que tendrán mucho que sufrir con todo el ruido que se ha hecho.

Muchos motivos hay para que el Gabinete Brisson resulte comprometido, y especialmente contribuye á su dislocación, el que radicales y oportunistas se destrozan cuanto pueden, porque éstos acusan á aquéllos de traición salvando al coronel Hervinger para impedir la rehabilitación de M. Ferry; el que el general Camponon está muy afectado con los ataques de que es objeto y el ministro de Marina desea retirarse, y el que la comisión del Tonkín ha reclamado la impresión de los documentos diplomáticos.

Añádase á esto la división y subdivisión de los partidos, que llega á lo inverosímil. Para las elecciones complementarias que se van á verificar en París se han fijado ya en las esquinas cuatro listas de candidatos republicanos: una de oportunistas,

otra de radicales, otra del centro izquierdo y otra socialista. Hay, pues, para todos los gustos y para que los electores republicanos no tengan más que la molestia de escoger; pero también se ve con la multiplicidad de estas listas que el bello ensueño de una concentración republicana se ha desvanecido definitivamente.

La *Republique Française* no disimula las inquietudes que le inspira el estado de las cosas públicas, y siente el espectáculo que ofrece la Cámara, donde la unión se ha intentado, sin obtenerse.

Agraba considerablemente esta situación la actitud amenazadora del Canciller de Hierro, el cual, en su reciente discurso en el Parlamento alemán, ha dejado entrever claramente las esperanzas de Alemania respecto del territorio y del Gobierno francés. Comprende Bismarck que es inevitable, tarde ó temprano, una nueva guerra entre ambos países, pues todos los partidos alientan en Francia el odio contra Alemania, y á vista de esta eventualidad, el Canciller «profundamente impresionado,» afila la espada para cortar otro pedazo de Francia.

Ya es oficial y definitivo el resultado de las elecciones en Inglaterra. He aquí los datos:

331 liberales.

250 conservadores.

82 autonomistas irlandeses.

¿Qué va á hacer ahora el Gobierno conservador de Salisbury? Dos medios le quedan para alcanzar mayoría en el Parlamento. Consiste uno en buscar una alianza con los parnellistas ó autonomistas irlandeses, los cuales reúnen 76 votos, y, por lo tanto, podrían decidir en las votaciones.

El otro medio es constituir una mayoría gubernamental, atrayéndose á los individuos de la Cámara de los Comunes, que, si bien han figurado hasta ahora en el partido liberal, forman dentro del mismo la fracción más moderada.

En cuanto á los liberales victoriosos, dicen los periódicos ingleses que no se han puesto todavía de acuerdo acerca de la conducta que deben seguir con el Ministerio conservador, con motivo de la próxima apertura del Parlamento.

Los diarios más autorizados no creen que los liberales hagan un alarde de fuerza en las primeras sesiones, presentando una proposición de censura al Gabinete.

Sostienen que es preciso dejar á éste el tiempo necesario para desenvolver su programa político.

Muchos liberales opinan así, creyendo además que no es conveniente en las actuales circunstancias el advenimiento de Gladstone al poder.

Hay quien supone que el Gobierno no tendrá más remedio que proponer á la Reina la disolución de la Cámara de los Comunes.

De todos modos, la situación es grave y comprometida.

Pero los ingleses, aun en circunstancias tan difíciles para la política interior, no pierden el tiempo.

La conquista de Birmania ha sido un paseo militar.

Desde Rangoon á la embocadura del Iraonad, es decir, desde la frontera á la capital del rey Thibau, han hallado un camino fácil, por el que no han tenido más que marchar libremente. Tan sólo han tenido la molestia de verse obligados á disparar algunas bombas á derecha é izquierda para destruir muy débiles resistencias.

Así es que cuando el general Prendergast llegó al río Ava, delante de la capital, un parlamentario vino á anunciarle que el tirano le dejaba libres todos sus Estados y se constituía prisionero de guerra con su ejército.

Comenzó la expedición el 14 del mes pasado, y la conquista ha terminado el 29.

No ha habido, pues, combates sangrientos, ni pérdidas para los ingleses.

Hace tiempo que Inglaterra meditaba dar este paso hacia la frontera de China; su comercio le estaba mostrando el camino.

Los chinos, por su parte, después de la guerra habida con Francia, se muestran más propicios á abrir sus provincias del Norte al comercio inglés.

La bandera inglesa abraza hoy en su inmensa sombra más territorio que tuvo nunca ningún imperio antiguo, desde Sesostris hasta Carlomagno.

Del mismo periódico de donde tomamos ha poco tiempo una extensa noticia de los progresos del catolicismo en Dinamarca, copiamos la siguiente, que ratifica y completa la anterior.

«En Dinamarca, como en todos los reinos del Norte, el luteranismo fué implantado por la violencia, siendo proclamado religión del Estado durante el reinado de Cristiano III en 1536. Las leyes pro-



mulgadas contra la Iglesia católica no podían ser más duras.

Una ley de 1613 privaba á los católicos del derecho de heredar y de aspirar á ejercer cargos públicos. Cristiano V (y el decreto ha permanecido legalmente en vigor hasta 1849) condenó á muerte á todo sacerdote católico que se atreviera á poner los pies en Dinamarca.

Tan draconiana legislación debía haber hecho desaparecer para siempre en Dinamarca todo vestigio de catolicismo, y, sin embargo, la antigua fe siempre tuvo allí adeptos. En Altona levantóse en 1606 el primer altar católico, después de la *Reforma*. En 1630 el embajador francés obtuvo del rey licencia para tener una capilla, que se convirtieron en seis á fines del siglo XVIII.

Los católicos de Dinamarca fueron colocados en 1841 bajo la autoridad de un Vicario Apostólico, y en 1849 promulgóse una Constitución más tolerante, en la cual se reconocía á los católicos la libertad de ejercer su culto, colocándose en cuanto á los derechos civiles, al nivel de los protestantes. Por entonces, no había en Copenhague más de doscientos católicos y unos pocos más esparcidos por las provincias.

En 1865 Copenhague tenía un templo católico consagrado al santo patrón de Dinamarca. En 1856 instaláronse allí las hermanas de San José de Chambery, y en 1869 fué colocado al frente de la Iglesia católica de Dinamarca un prefecto apostólico.

Hoy, entre 2.000.000 de habitantes, hay allí 3.300 católicos. El número anual de conversiones se calcula en 150. En todo el reino hay 10 iglesias y 3 capillas, y tantas escuelas cuantas son las iglesias y capillas. Además los PP. Jesuitas cuentan con un colegio en Ordrup. A las escuelas concurren por término medio 500 niños, un centenar de los cuales pertenece á familias luteranas, lo que atestigua la confianza que á éstas inspira la educación católica. El hecho es tanto más significativo, cuanto la instrucción es obligatoria en Dinamarca.

El colegio que tienen los PP. Jesuitas en Ordrup fué construido en 1872. Allí reciben educación más de 40 jóvenes, varios de los cuales son de familias luteranas influyentes.

La misión católica danesa se compone de 8 sacerdotes del país y 19 alemanes. Hay, además, hasta 63 religiosas, que, por la santidad de su vida y por su espíritu de abnegación y sacrificio, ejercen una saludable influencia.

Al abrirse las Cámaras de los Estados-Unidos se ha leído el mensaje del presidente de la república, que el telégrafo ha transmitido á Europa.

Dice que el Gobierno americano, sin preocuparse de la cuestión de derecho de propiedad de las islas Carolinas, ni inmiscuirse en la cuestión entre España y Alemania, espera que no sucederá nada en perjuicio de los americanos que se dedican al comercio en aquellas regiones ó que residen allí.

Añade que tanto España como Alemania han recibido observaciones en este sentido por parte del Gobierno de Washington.

Termina este punto diciendo que ve con placer cómo se estrechan las relaciones entre España y América, confiando en que las negociaciones del tratado de comercio entre ambos países respecto á las Antillas tendrán una terminación satisfactoria.

El mensaje contiene también la siguiente declaración, que interesa mucho á la América latina:

«No someteremos al Senado, dice, el proyecto del canal interoceánico de Nicaragua, porque somos opuestos á la política de adquisiciones territoriales lejanas. Los Estados-Unidos deben principalmente dedicarse al desarrollo de los considerables recursos que encierra su propio territorio.»

No falta en el mensaje una sentida lamentación de los estragos que causa la corrupción de costumbres en los Estados-Unidos, especialmente el mormonismo que de nuevo saca la cabeza en aquel país. Conocer y lamentar la enfermedad es el primer paso en el camino de la curación. La medicina está en la Iglesia.

La guerra civil que estaba desgarrando al Perú, después de la exterior con Chile, parece á punto de acabar según los últimos partes telegráficos. El general insurrecto Cáceres ha penetrado en Lima; el general Iglesias se ha rendido, y el general Sánchez ha sido nombrado presidente provisional de la República.

El primer decreto de éste ha sido una amnistía general. Quiera Dios que no se derrame más sangre en aquel infortunado país, que hace seis años no tiene día tranquilo y se halla sumido en postración espantosa.

X.

## LOS GRABADOS

EL SALVADOR Y SANTOS CIRILO Y METODIO.

Pintura bizantina (siglo IX).

Nuestros lectores saben que este verano se ha celebrado el milenario de los apóstoles de la Esclavonia santos Cirilo y Metodio, los cuales no sólo llevaron á este país la luz de la verdad evangélica, sino que crearon la lengua y la literatura eslava, publicando obras interesantísimas, que son todavía objeto de la admiración y del estudio de los sabios.

Cirilo predicó el Evangelio entre los búlgaros por los años de 860, y después evangelizó á los moravos, donde dejó impreso el carácter de su apostolado, civilizador y fecundo. Nombrado Obispo por Adriano II, acabó sus días el 13 de Febrero de 868. Su hermano Metodio fué Arzobispo de Moravia y Pannonia, y se cree que murió en Roma.

Los cuerpos de ambos confesores de Cristo se reunieron más tarde en Welehrad, donde se levantó un hermoso templo á su memoria, objeto de la veneración de todos los pueblos eslavos.

Este año se ha celebrado con solemnísimas peregrinaciones el milenario de su muerte y se han publicado numerosas obras dedicadas á su memoria. De una de ellas reproducimos el dibujo de un cuadro de puro estilo bizantino, en que se representa á los dos hermanos recibiendo, por la imposición de manos, la misión de su apostolado. La pintura data del siglo IX y reproduce fielmente la rica indumentaria bizantina de esa época, conservada en las imágenes de la Iglesia griega.

LA PLAZA MAYOR DE MADRID EN LOS DÍAS DE NAVIDAD.

Los únicos cuadros tradicionales que han quedado en Madrid de esta época del año, son la plaza de Santa Cruz (sin su iglesia), llena de Belenes, y la plaza Mayor, cubierta de frutas y turrones é invadida por un público clamoroso, ávido de emociones gastronómicas y de recreaciones inoventes.

Este es el cuadro que representa nuestro grabado, cuya actualidad se reproduce anualmente.

VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

Edificada humildemente en tiempo de Recaredo, después de servir por espacio de cuatro siglos á las ceremonias mahometanas, conquistada esta ciudad, pareció mezquina al que abrigaba grandes ideas, y derribada por el suelo, apareció sobre sus restos una colosal y gigantesca mole, que es el asombro de nacionales y extranjeros. Estaba reservada esta gloria al santo Rey y al nunca bastante ponderado héroe D. Rodrigo de Rada, Arzobispo de Toledo, los que sentaron sus primeras piedras en 1226; y según dice este Prelado en su historia, «crecía la obra con admiración de las gentes;» siendo tan grandiosa no podía menos de durar mucho, hasta llegar al complemento en que hoy la vemos; y así transcurrieron 266 años hasta que se cerró la última bóveda.

Su arquitectura es la gótico-germánica, que ha tenido siempre tanto que admirar por su estabilidad, gentileza, proporciones y por la majestad y decoro que lleva consigo, pareciendo inventada para dársele á las casas del Señor.

Se sabe del arquitecto que la dirigió que se llamaba Pedro Pérez, y que vivió sesenta y cinco años después de principiada la obra.

Es gótico en todas sus partes este edificio, y comenzando su planta al Occidente en forma cuadrada, fenece al Oriente en circular; 88 pilares de columnas agrupadas sostienen 72 bóvedas, formando aquéllas y éstos 5 naves, la mayor en el centro y cuatro colaterales, que sirven como de escalones á aquélla, la cual, partiendo de Norte á Mediodía, las cortadas formando una cruz. Tiene de largo, de Oriente á Poniente, 404 pies, y de ancho 204, y 160 pies de alta la nave principal, bajando las demás gradualmente, lo cual, además de formar un elegante compartimento, proporciona convenientes luces en todas las naves por los arcos ojivales que sobresalen en cada una. Las pintadas vidrieras que, situadas en lienzos entre largos edificios por pilastrillas, ó en círculos llenos de vistosos calados, prestan luz grave y decorosa, son objeto digno de observarse por la viveza del colorido, actitudes y buena composición de lo que representan, que son historias sagradas ó imágenes de santos.

El grabado que publicamos reproduce la vista exterior del Sur, destacándose la hermosa torre, célebre por su colosal campana y por las vicisitudes de su construcción.

RDO. P. DSCHUGA,

De la Congregación del Sagrado Corazón de María.

Nacido en las inexploradas regiones de la Senegambia, este reverendo misionero murió hace diez años víctima de su caridad.

El mérito de sus virtudes fué tan extraordinario, que es posible que se entable el expediente de su beatificación.

La Iglesia no distingue entre razas ni pueblos, y lo mismo tributa el homenaje de su veneración á los príncipes santos que á los pobres negros, engrandecidos por sus virtudes.

El P. Dschuga será tal vez algún día objeto de la devoción de los fieles.

## ARBITRAJE Y MEDIACIÓN DE LOS PAPAS

APUNTES HISTÓRICOS

(Conclusión.)



UNA guerra que con buen derecho llamóse guerra civil, ardía feroz en 1340 entre Eduardo III Plantageneto y Felipe de Valois, rey de Francia. Esta guerra, que se extendía á los parientes de una y otra casa real, pesaba sobre París y Londres. Pretendía Eduardo tener derecho á una buena parte de los dominios de Francia comprendidos en la herencia de su madre, la desdichada Isabel, más arriba mencionada. Como era natural, Felipe oponía resistencia, y las cosas andaban de mal en peor, cuando se interpusieron los Papas como mediadores. El primero en pronunciar palabras de paz fué Benedicto XII, el cual no escatimó el envío de delegados, de nuncios y de cartas, á fin de exhortar á aquellos príncipes á la concordia. No obtuvo, sin embargo, más que una pequeña tregua, la cual se extendió á los escoceses, genoveses, españoles, provinciales, y á todos los aliados de una y otra parte. Muy pronto, no obstante, empezó de nuevo la guerra, con una alternativa de victorias y derrotas por ambas partes. Clemente VI obtuvo, por medio de dos Cardenales delegados por él en Enero de 1343, que se ajustase una tregua de tres años y ocho meses en Malestroit, tregua durante la cual se debían abrir negociaciones ante el Papa, considerado como amigo común de ambas potencias. Las gestiones para ello no tuvieron buen principio, y la guerra ardía más viva en 1346, tanto que en la famosa jornada de Crecy del 26 de Agosto, perdieron los franceses más de 30.000 infantes y ocho banderas, y el rey Juan de Bohemia quedó en ella prisionero. No por eso se desalentó Clemente, sino que suplicó, exhortó y censuró; y cuando los franceses hubieron llegado á Vissant, el Papa, por medio de los Cardenales de Nápoles y de Clermont, ofreció de nuevo su mediación para evitar otro derramamiento de sangre. El 28 de Septiembre de 1347 vió en parte coronados sus esfuerzos con una tregua de seis años, acordada por sus repetidas instancias. Clemente, y después de él Inocencio VI, procuraron llegar á una paz definitiva. Presentáronse á Eduardo de Inglaterra dos delegados de Inocencio en la Pascua del año 1360, y en nombre del Papa le exhortaron á que firmase la paz. Negóse á ello al principio; pero aceptó después una proposición: el 7 de Mayo se ajustó una nueva tregua, y el 8 los comisarios de ambas partes firmaron un tratado en Bretigny, cerca de Chartres. El rey de Inglaterra renunciaba á sus pretensiones sobre la corona de Francia, y restituía sus conquistas, conservando tan sólo el Poitou y la Guyena con sus dependencias. Por su parte el delfín de Francia consentía, á nombre de su padre, que Eduardo y sus herederos conservasen para siempre la completa soberanía de las provincias garantizadas por el tratado, y prometía una indemnización de 3.000.000 de coronas de oro, que debía satisfacer por rescate del rey Juan, etc. Para formarse una idea de la parte que en ello tomó el Papa, basta leer el preámbulo del tratado en que los dos reyes hablan en estos términos: «En honor de la bendita Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y de la gloriosa Virgen María, y por reverencia á nuestro Padre Santo Inocencio VI, aceptamos el tratado como si lo hubiésemos hecho nosotros mismos.» Y entrambos se felicitaban de los negociadores de la Sede Apostólica, á saber: Inocencio VI, primero como Cardenal y después como Papa; sus delegados y sus nuncios; los Cardenales de Bolonia, de Perigord y de Urgel; el abate de Ciuny, Auduino de la Roche y el caballero Hugo de Ginebra. Y después añadían: «y sometemos, en cuanto á todas estas cosas, nosotros y nuestros herederos y sucesores, á la jurisdicción y potestad de la Iglesia de Roma, y queremos y consentimos en que nuestro Santo Padre el Papa confirme todas estas cosas, dando amonestaciones y mandamientos generales sobre su cumplimiento contra nosotros, nuestros herederos y sucesores, y contra todos nuestros súbditos.» Para hacer más sólida la paz, ambos reyes querían y consentían en que «todas las alianzas, convenios y juramentos que pudiesen ser perjudiciales, nuestro Santo Padre las tache y anule como contrarias al bien común, á la paz común de la cristiandad y desagradables á Dios.» Véase cómo tres Papas supieron, con sus incesantes esfuerzos, llevar la paz á aquellas trabajadísimas regiones.

Gregorio XI, en 1370, á principios de su pontificado, consiguió restablecer la paz entre el rey de Portugal y el de Castilla. Además eligióle este último como árbitro en su controversia con el rey de



Navarra, la cual consiguió conciliar en 1373. Atrajo después al rey de Castilla á que firmase la paz con el de Aragón, lo cual consiguió en 1375. En 1372 había ya terminado Gregorio las hostilidades entre la dinastía francesa de Nápoles y la aragonesa de Sicilia. Esta última había empezado las hostilidades con la usurpación de una parte del reino de la otra. Gregorio se valió para aquella mediación de dos grandes franciscanos, limosnero el uno del rey Federico de Sicilia, y el otro confesor de la reina Juana de Nápoles; al uno y al otro envió el Papa sus instrucciones, á consecuencia de las cuales reconocía Federico que tenía la Sicilia por feudo de Juana, y ésta se obligó á gestionar cerca del Pontífice, á fin de que la Trinacria fuese libertada del interdicto y obedeciese en todo á Federico; el tratado fué por ambas partes sometido á la aprobación del Papa, con plenos poderes para modificarlo como creyese conveniente. Gregorio aprobó el tratado, pero introduciendo en él algunas variaciones, que fueron aceptadas.

Cuando Nicolás V tomó las riendas del Pontificado en 1447, la situación de Europa tenía de todo menos de halagüeña. Alemania y Hungría ardían en guerras intestinas; Francia é Inglaterra, trabajadas por mutuos odios y discordias intestinas; los venecianos, los genoveses y florentinos, en lucha. Nicolás envió inmediatamente delegados á Alemania para proponer la paz; recomendó á sus embajadores el restablecimiento de la concordia en Italia; impuso una tregua á la guerra entre los húngaros y el emperador; aprobó la concordia establecida con la Borgoña y la paz ajustada entre ésta y Carlos VII de Francia. Se coaligó con Florentino y con Alfonso V, á fin de conservar la tranquilidad de Italia en las sucesiones milanesas, y fué reconocido árbitro de paz en aquella circunstancia. En 1454 pudo ajustar en Lodi la paz para toda Italia, que confirmó con una Bula, interponiéndose entre Alfonso V y Sforzia, nuevo duque de Milán, los cuales querían alterarla, y fué establecido el río Sesia, en el Novaresado, para confin entre el Estado de Milán y el de Piamonte. Este Papa fué precisamente quien, teniendo siempre sus miras puestas en la paz, declaró pertenecer al rey de Portugal las conquistas hechas hasta el Cabo de Buena Esperanza.

Durante el Pontificado de Pablo II, en 1465, surgieron graves turbulencias en Castilla, suscitadas por la rebelión de los grandes contra su rey Enrique, á quien acusaban de debilidad. Condenólos el Papa; pero ellos enviáronle delegados para justificar su proceder, sometiendo á él la decisión. Fué ésta que nunca debían esperar ser perdonados si no volvían á la obediencia de Enrique, su legítimo soberano. Después de largas negociaciones, acabaron por someterse á la resolución del Papa.

En 1485, Inocencio VIII se interpuso cerca de Juan Basilio, duque de Mascovia, y le rogó que no llevase la guerra á Liboria. También medió con el archiduque de Austria á fin de que no se valiese de la prueba del hierro caliente en los juicios, prueba que se juzga contraria al derecho; confirmó después la paz entre el rey de Escocia y sus súbditos, y habiéndosele pedido, envió un internuncio á Lieja para que, en su nombre y representación, apaciguase las turbulencias civiles. También se interpuso para terminar las guerras civiles de Inglaterra, y lo consiguió, uniendo en matrimonio á las dos ramas rivales de los Plantagenetos, y excomulgando á los que suscitasen nuevas contiendas entre sus sucesores. Este Papa fué precisamente quien, sabedor de la rendición de Granada y del fin del dominio musulmán en España, ordenó que Fernando é Isabel llevasen el título de Reyes Católicos.

Y he aquí la célebre resolución de Alejandro VI. Como es notorio, entre los reyes de España Fernando é Isabel y los de Portugal había surgido una grave disidencia acerca de la posesión de las islas ó continentes americanos descubiertos ó por descubrir. La contienda fué entonces, por consentimiento de ambas partes, sometida á la decisión del Pontífice para que éste resolviera acerca de ella. Alejandro VI resolvió la cuestión por medio de una Bula, fechada el 4 de Mayo de 1493, con la cual, echando una línea de uno á otro polo, aseguraba al rey Fernando y á la reina Isabel, así como á los reyes de Castilla y de Granada, sus sucesores, la posesión de todas las islas y continentes recientemente descubiertos por Cristóbal Colón y que fuesen descubriéndose hacia el Occidente. El tenor de esta Bula es el siguiente:

«Nós, por la plenitud de la potestad apostólica; por la autoridad que Dios nos ha dado en la persona

de San Pedro y en nuestra cualidad de Vicario de Jesucristo, cuya misión desempeñamos en la tierra, damos, concedemos, señalamos por la presente, para siempre, á vos y á vuestros herederos y sucesores, reyes de Castilla y de León, todas las islas y continentes descubiertos y por descubrir por vuestros enviados y capitanes hacia Occidente y Mediodía, tirando una línea de uno á otro polo<sup>1</sup>, á cien leguas de las islas Azores, por el lado de Mediodía y de Occidente. Pero no intentamos prejuzgar las posesiones de los reyes y príncipes cristianos en aquello que ellos hubiesen descubierto antes de la última Natividad. A condición, no obstante, de que, en virtud de la santa obediencia á nuestras órdenes, y según la promesa que nos habéis hecho, y que no dudamos cumpliréis, tendréis sumo cuidado en enviar á este continente é islas, hombres doctos, experimentados y virtuosos, para instruir á sus moradores en la fe católica y en las buenas costumbres<sup>2</sup>.

Autorizó después con un Breve y con Bulas las conquistas que los reyes de España hiciesen en los infieles en los reinos de Argel y de Túnez, en África, sin prejuzgar, no obstante, la que los reyes de Portugal habían hecho ó hiciesen en los reinos de Fez, Mequinenza ó Marruecos, en virtud de las concesiones del Papa Pío II.

En 1628 la tranquilidad de Italia se hallaba bastante perturbada á causa de las sucesiones del ducado de Mantua y Monferrato, cuyo duque titular, Vincencio II, había muerto sin descendencia masculina. Muchos eran los príncipes que pretendían aquel ducado. Urbano VIII procuró conciliar aquellas pretensiones, y despachó delegados al emperador Fernando II, al rey de Francia y al de España, Felipe IV, exhortándolos á la paz. Mediante largas gestiones, á las cuales cooperó en gran manera Bernardino Naro, creado para este efecto para un alto cargo en la Santa Iglesia Romana, quedó ajustada la paz entre España y Francia. Al mismo tiempo, el duque de Parma, conñado de las promesas de Richelieu, atacó en 1636 á los españoles, y fué derrotado por ellos; y peor librado hubiese salido aún, si Urbano no hubiese enviado al campo español á Milini, Obispo de Imola, á aconsejar á Francisco I, duque de Módena, que mandaba el ejército español, á establecer una tregua, y después de ella la paz. Y más tarde, habiendo el duque invadido el Cremonesado y á Lodigiano, encontráse comprometido en malos pasos, y tuvo necesidad de recurrir nuevamente á Urbano, el cual le consiguió la paz en el año siguiente. Para llegar después á la pacificación entre las potencias católicas, consiguió Urbano VIII que se reuniese en Polonia un Congreso, al cual envió á su delegado el Cardenal Ginneti. No obstante, viendo que se embrollaban las cosas, y que en el Piamonte se encendía de nuevo la guerra entre Francia y España, y que, por muerte del duque de Saboya, Victorio, Amadeo I recrudecía la discordia y era causa de una encarnizada guerra, quiso el Papa acudir al remedio de tantos males, y con frecuentes y excitantes cartas á su Nuncio Caffarelli, ordenó que hiciese presente á los partidos beligerantes las gestiones de la Santa Sede, proponiendo los medios más á propósito para llegar á la paz. El Nuncio siguió al pie de la letra las instrucciones del Papa, y si bien no tuvieron resultado satisfactorio durante dos años sus esfuerzos, continuó, no obstante, trabajando en poner de acuerdo á los partidos beligerantes, y obtuvo de ellos una tregua, ajustada el 14 de Octubre de 1639. El Papa redobló sus esfuerzos para conseguir una concordia definitiva; pero los beligerantes no quisieron doblegarse á ello.

De cuanto hasta ahora hemos venido relatando bastante rápidamente, podemos sacar algunas observaciones. Y en primer lugar, que no hay una sola mediación ó arbitraje papal de la cual no aparezca que el objeto de los Papas ha sido siempre el mismo respecto de las naciones: el restablecimiento de la paz.

Ministros supremos de un Dios de paz, se han declarado contrarios á todo derramamiento de sangre. Tanta fuerza tenía en ellos su amor á la tranquilidad pública, que no temieron en deponer á los Obispos y en lanzar contra ellos anatemas, que por intereses personales procuraban excitar las discordias. Para ellos no había diferencias entre príncipes y súbditos, entre grandes y pequeños, entre hombres públicos y privados. Por lo tanto, acudían igualmente y opo-

níanse lo mismo á las pretensiones de los príncipes que á las injustas exigencias de los pueblos. Ellos son los tutores de la mujer, del pobre, del débil, del oprimido, y no vacilan en atraerse las iras de los potentados para defender la causa de la justicia. Sean los Papas dueños del dominio temporal, ó no lo tengan aún, sus juicios no se resienten por ello. En efecto: éstos no se inspiran en la ambición terrenal, en desear aumento de territorios á influencia política. No; sus juicios arrancan de movimientos bastante más elevados, cuyo principio y causa encuéntranse en la enseñanza de Cristo. Y esto explica por qué ellos, solos, sin armas, solamente con la virtud de la palabra, consiguen desarmar á príncipes y reyes potentísimos. Su fuerza es enteramente moral; y no obstante, en ella es en la que tienen mayor confianza los poderosos de la tierra. Reyes bárbaros que, á semejanza de Atila, no habrían cedido ante los ejércitos más aguerridos, se inclinan ante un anciano que por toda arma no tiene más que una cruz. Las decisiones de los Papas son consideradas por algunos como oráculos; y ellas son, precisamente, las que establecerán las bases solidísimas de aquel derecho de gentes que es una de las mayores conquistas de la civilización cristiana. Aquellas decisiones atravesarán los siglos, y aunque la soberbia razón quiera rebelarse contra ellas, porque en ellas ve la más sabia aplicación de las sublimes doctrinas de Cristo, no es menos cierto que por un trabajo lento y progresivo, ellas producirán un fruto que tiende siempre á engrandecer, y pesarán con toda su fuerza sobre una legislación europea que, á pesar de sus no pocos defectos, permanecerá siempre en su mayor parte sellada con los saludables principios del cristianismo. Y aunque luchas sangrientas y horribles revoluciones se sucedan unas á otras, no por eso será destruída la obra de los Papas, y Europa se encontrará, casi á pesar suyo, más próxima al Papado, cuando cree estar más alejada de él, porque la institución del Papado estará siempre unida con la de la civilización. ¿Y quién hace ó hará nunca más ni mejor por la causa de la civilización que los Papas? Aquellas treguas, aquellas paces, aquel embotamiento de odios, aquellas reconciliaciones de familias, aquella destrucción de facciones enemigas, ¿de quién otro son obra sino de los Papas? ¿Y cómo habría podido progresar la civilización en medio de los estragos del hierro y del fuego? ¿Y cómo hubiera podido nunca proporcionarse el bienestar material de los pueblos, cuando sus fautores más esenciales se veían diariamente destruídos por las guerras exteriores é interiores? Estamos seguros de no equivocarnos asegurando que han hecho más por el bien de la civilización europea — mejor diremos del mundo — todos los Papas, que no los más grandes conquistadores y soberanos de las épocas pasadas y presentes, porque éstos no podrán amortiguar los odios ni reprimir ó evitar todos los abusos de la fuerza sobre el débil, ni destruir la sed de venganza, ni paralizar sus efectos. Y si el débil y el oprimido se doblegaron ante el vencedor, fué por la fuerza, no por amor, ni mucho menos por convicción, al paso que en los Papas sucede precisamente todo lo contrario. Desde muy al principio, pueblos y soberanos vieron en ellos á los protectores de la justicia, á los amigos y tutores de los oprimidos. Príncipes y pueblos conocieron que no era una ambición terrenal la que inspiraba á los Papas, sino un principio mucho más elevado que se identificaba en el mismo Dios. Y entonces vieron y convencieron de que el augusto é inerte anciano que se sienta en la Silla de Pedro, defendería igualmente á príncipes y á pueblos, á ricos y á pobres, á nobles y plebeyos, á sabios é ignorantes, y que si veía hollado un derecho, levantaría la voz y haría justicia en favor del injustamente oprimido. Y las suyas no se parecerían á palabras de amenaza, sino de amor y persuasión; por lo cual no dejarían sus trabajos huellas de odios, de rencores ó de rebeliones, sino que atraerían un tributo de gratitud y de amor. Aquellas gestiones no excitarían las pasiones, sino que ennoblecerían los ánimos y los corazones. Y la causa de la civilización reportaría siempre de este ennoblecimiento mayores ventajas, y caminaría á aquella maravillosa alteza que le está señalada por la Providencia. Y por más que la moderna barbarie, tanto más terrible cuanto más falsamente oculta, trate de cerrarle el camino, no por eso dejará ella de llegar á sus confines. Los hechos lo demuestran. Cuando una terrible enfermedad contagiosa invade una nación; cuando aflige á un pueblo una gran desventura, ¿cuántos no son los que se levantan y corren en su ayuda en la medida que pueden y como mejor les es posible? Ello es que la civilización cristiana recorre siempre su camino, y cuando se cree muerta está más viva que antes; y esto, ¿á quién sino á los Papas es debido? Cuando la barbarie, bajo cualquier aspecto, bien como lucha intestina,

<sup>1</sup> Esta línea tiene un interés especialísimo por la exactitud del resultado; ella, en efecto, si bien señalada quizá con no perfecto conocimiento geográfico, como no podía tenerse entonces, ni aun por el Papa, aplicada, sin embargo, á las materias del debate, partió el dividiendo en dos partes casi iguales. Como es sabido, la carta sobre la cual tiró la línea Alejandro se conserva en el Museo de Propaganda Fide.

<sup>2</sup> Bula intero, caetera.





bien como rebelión de los pueblos, bien como rivalidad de los príncipes, bien como opresión de los débiles, bien como conculcación de la justicia, campaba por su respeto. ¿quién era el que la detenía y destruía su obra ruinosa? El Papa. No temía éste exponer su propia persona, sufrir molestias, correr riesgos, sacrificar hasta su propia vida, con tal de que la civilización diese un solo paso, ajustando una paz, deteniendo á un invasor y defendiendo á un débil. Y esta prepotente necesidad, que diariamente se extiende por todo el mundo, ¿de dónde nació nunca sino precisamente de aquella obra indefensa de los Papas, con la cual han demostrado que no eran las armas ni la sangre el mejor medio para terminar las contiendas privadas como las públicas? Y por más que otros fautores hayan acudido al remedio de la paz, esto no quita que el primero siga siendo el mismo: el Papa. Este echó la semilla, y al través de los siglos ha germinado su obra. *Christus imperat*: he aquí lo que se repetirá un día por el mundo, cuando por la obra de los Papas la civilización cristiana habrá alcanzado su mayor apogeo.

Una palabra más. Se ha dicho, por aquellos al menos que poco ó nada leen la Historia, que el Papado ha sido el peor enemigo de Italia. Pues bien; obsérvese que desde la primera á la última mediación papal hemos visto, por el contrario, á los Papas trabajar constantemente por el bien de Italia, ora deteniendo á un bárbaro invasor que intenta asolarla, ora sentando la paz entre una y otra ciudad, ora estableciendo la concordia en los ánimos exasperados por esta ó por la otra facción.

Hemos visto á los pueblos de Italia recurrir al Papa con sus magistrados como á su único salvador, y esto no inútilmente. Y hemos visto que cuando los emperadores lejanos á la Italia la dejaban expuesta á las correrías de los longobardos, á la crueldad de este ó aquel tiranuelo, ó á sus abusos y á las extorsiones de sus ministros, uno solo pensaba en defenderla y en servirle de escudo: el Papa. Y ante él se detenían los bárbaros, los tiranos y los ministros prepotentes, porque él, más bien que las armas, empleaba el lenguaje cristiano. Después de esto, dígame que el Papa no ha sido la mayor gloria y el sostenedor más grande que ha tenido la Italia, á condición, por otra parte, de que antes se tenga el pudor de destruir la Historia y de borrar sus indelebles vestigios.

E. SODERINI.

## UN SERMÓN DEL P. CUMPLIDO

(Conclusión.)

**P**ERO ¿es tal por ventura la Bula de Cruzada? A quien me hiciera esta interrogación en són de duda, preguntaría yo en tono de argumentante: ¿es blasón histórico esa pirámide que se eleva no lejos de nosotros y, sostenida por marmóreos emblemas, habla en lenguaje mudo, pero elocuente, á las edades, y les dice todo el orgullo de aquella tierra feliz que bebió ansiosa la sangre de los fuertes, derramada allí en el lustro tercero de este siglo para vengar la afrenta inferida por extranjero alevoso á nuestra patria, á nuestro Monarca y á la religión de nuestros padres? Sí que lo es, me dice todo español bien avenido con serlo; y si le pregunto el motivo, añado sin titubear que por estar unido ese obelisco con una de las mil inolvidables hazañas del pecho español, y destinado á perpetuarla viva y radiante de luz en la memoria de los hijos de España.

Excelente y patriótica respuesta, señores, y en un todo aplicable á nuestro caso. Recorred las brillantes páginas de nuestra inmortal Historia. Abrid esos anales de un pueblo siempre indómito, á quien el mismo conquistador tributó mil veces loa de grande en el momento mismo de imponerle su aborrecido yugo. ¿Qué veréis? Una pirámide secular que descuellera erguida entre millares de alegóricos y variados emblemas, que hablan siempre por ella como por lengua única, y que con toda su variedad dicen al mundo atónito una sola cosa: el valor, el denuedo, el arrojo estupendo de pechos españoles. ¿Qué veréis? Un monumento perenne unido inalterablemente con todas las glorias más puras de este pueblo de proverbial altivez y de reconocido heroísmo. Veréis á la Bula de Cruzada, índice constante de alguna empresa grandiosa de España, en la dilatada serie de años y de siglos en que plugo al cielo dotar á esta galana matrona de brío juvenil y de gallarda fuerza. Veréis, en resumen, un blasón histórico, acreedor siempre al aprecio del verdadero patriotismo y su despertador infatigable. Por cuyo poderoso motivo no creo exagerar diciendo que de español tuviera el nombre, y poco más, quien llega-

se á pasar la vista con indiferente y frío corazón por la Bula de la Cruzada.

Sí, señores, la gloria inmortal de llevar cosida al costado y sobre el corazón una cruz, encarnada precisamente y del color del humor vital; la gloria de combatir bajo el bendito lábaro que ondeó en los mismos sitios que presenciaron atónitos las victorias de Constantino, inventor del primero; la gloria de arremeter á las huestes infieles al grito mágico de *Dios lo quiere*, *Dios lo quiere*, pronunciado por primera vez por un gran Pontífice, y la de influir directa y eficazmente en el cambio social del mundo, de purgar la tierra de monstruos y regenerar la humanidad, esa gloria, repito, cupo, señores, á nuestros padres, que tomaron parte en la famosa expedición acordada en Clermont por Urbano II, á pesar de la escasez de campeones y estrechez de medios con que contaban los reyes de Castilla, de Aragón y de Navarra, invitados al gran proyecto y ocupados á la sazón en arrancar la cizaña de sus propios terrenos. Y si hoy, señores, levantarán la cerviz de la tumba, ¿sabéis qué prueba nos dieran del patriotismo que enardecía sus pechos? ¿Sabéis á qué monumento apelarían para ratificar nuestra creencia en las pasmosas hazañas de que refleja tanta gloria hasta nuestra frente...? A esa Bula de Cruzada, que sin intermisión se renueva de siglo en siglo, de proeza en proeza, con la que el Papado, perpetuo agente de civilización é impulso inmortal de todo gran pensamiento, en parte sostuvo y premió en parte su gigantesca y desinteresada nobleza.

¿Y resistiría inflexible á este toque maestro la fibra delicada de vuestro corazón, esa fibra de español y acendrado patriotismo? ¿Os atreveríais á tener por cosa baladí y digna de escaso aprecio á esa Bula? ¿La creyerais tal cuando vieséis ligados estrechamente con su historia los augustos nombres de Gregorio VII, de Calixto II, de Eugenio III, de Inocencio IV, de Clemente IV, de Gregorio X y de cien otros Pontífices, cuantos ocuparon la Silla de Pedro en varios siglos, pero muy en particular desde el XI hasta el presente, dedicados todos en porfía santa á extirpar del mundo con la raza infiel á la Iglesia el natural enemigo de la civilización y grandeza de España? ¿Cuando, entrelazados galanamente con esos nombres, como en rica gargantilla rubíes y perlas, vieséis decorada su historia con la particular de Alfonso VIII de Castilla, de Alfonso I de Aragón, de Raimundo Berenguer, duque IV de Barcelona, de D. Jaime el Conquistador, de D. Fernando IV y D. Alonso XI de Castilla, de D. Alonso V de Aragón, y de otros adalides famosos á millares, inferiores á éstos en el mando, pero no en el decidido empeño de llevar las insignias victoriosas de España hasta el último apostadero de la insultante raza del bárbaro pseudo-profeta? ¿Ah, señores! *Non inferamus crimen gloriae nostrae*, os diré yo con el sentido apóstrofe de aquel gran Macabeo. Si rastro queda aún en nuestro pecho de lo que á tanta costa de dinero, de trabajo y de sangre intentaron inocular y plantar en él nuestros mayores; si de españoles queda aún algún rasgo en nuestra fisonomía moral, apreciemos y estimemos el primer documento de nuestra gloria, y no pasemos por el arco de triunfo que en su manía destructora de todo lo bueno intenta levantar este siglo, para que á nuestro paso por él se narcotice en nuestra alma esa fibra creadora de gloria veraz y duradera. No hay hijo de la Sinagoga que se arriesgue á pasar jamás bajo la bóveda del arco triunfal que Tito y Vespasiano levantaron en Roma á la memoria de la espantosa catástrofe de Jerusalén, derruida por sus armas. No haya español que atraviese el monumento que en la actualidad erige Europa á la memoria de ciertas conquistas efímeras en él para baldón eterno del sentido común, como efímeros se ven en los muros del arco de Tito los despojos de la ciudad santa y de su templo. Y con motivo, señores, tanto más justo, cuanto que esto fuera lo mismo que no respetar á la Bula, respetabilísima como blasón religioso.

Entro en la segunda parte, en cuya vasta é importantísima materia el tiempo inexorable me obligará á imitar al geógrafo, que en reducida carta tiene que delinear superficie dilatada de mil leguas cuadradas, y se contenta con dar á un río de ancho cauce una línea, un rasgo á cordillera de primer orden, y á una capital poco más que un punto. Seguidme con atención, y entremos juntos en el análisis de ese precioso documento de la fe de nuestros abuelos. ¿Qué era á sus ojos la Bula? ¿Oh fe santa que los meciste en la cuna y con tu leche les aclaraste la vista! Dinos tú qué era para tantos entendimientos de primera fuerza, para tantas ilustradas almas la Bula? Era para ellas, señores, lo que en realidad de verdad ella es, que todo puede reducirse á esta expresión gráfica del autor moderno: era un *vale* de inestimable precio para almas fieles. ¿Un

vale? Sí, católicos, ni más ni menos. ¿Expedido por quién? Por Dios mismo, por nuestro mismo Redentor. ¿A favor de quién? A favor de los redimidos. ¿Relativo á cuál tesoro? Al de la sangre, al de los méritos infinitos de dicho Redentor. ¿Pagadero en qué tiempo? En el de la mayor necesidad del que la recibe. ¿A qué condiciones? Casi enteramente gratuitas. Fijaos en cada una de estas preguntas con su respectiva respuesta: recordad después que á la fe y al catolicismo de vuestros mayores se otorgó graciosamente este *vale*, y luego buscadme si es que podéis, otro blasón que en religiosidad pueda competir con él, ó que más acreedor aparezca al religioso respeto de todo pecho verdaderamente católico. No, no le hallaréis por cierto; y en prueba de ello, analizad conmigo esa serie de interrogaciones y sus respuestas.

¿Quién expide este *vale* real? Os he dicho que Dios mismo, el Hombre-Dios Redentor. Pues ¿cómo, si lo hace el Papa? ¡Ah, católicos! si os interesa no dejar de serlo, venid conmigo á la orilla de Tiberias y presenciareis un diálogo de eternas consecuencias. Ese que veis postrado en tierra, encendido el rostro y con el amor que irradia por los ojos, es el primer Papa del mundo, es el Vicario primero de Jesucristo, á quien veis ahí en pie preguntándole si le ama, complaciéndose en oír la reiterada afirmativa, y encomendándole que apaciente sus corderos y sus ovejas, como en premio de su incontestable cariño. Pedro, pues, mal que le pese á la inconsecuente herejía, Pedro será pastor hasta el fin de los siglos, porque le ha dicho Cristo: *pascite agnos meos, pascite oves meas*, y no hay cordero, no hay oveja, ni habrá jamás uno ni otra que no sean de propiedad de ese Cristo, que los llama suyos porque los compró *pretio magno*, como nos enseña el Apóstol. Llámese, pues, Anacleto ó Marcelino en los primeros siglos, llámese Urbano, Gregorio ó Pío en los de en medio, llámese como quiera en los finales, Pedro siempre, el mismo Pedro, el Pedro que á los pies de Cristo recibió el encargo, será el pastor que vive y vivirá siempre en la sucesión no interrumpida de pastores visibles, vicarios todos del invisible y antonomástico Pastor de las almas. Con el espíritu de entrañable amor en el corazón al rebaño confiado á su custodia, con la seguridad de no errar en la elección de pastos saludables y de seguro prado para el sesteo, garantida por la promesa de celestial asistencia, conducirá Pedro por el valle del mundo á esa grey predilecta, seguro de que el cielo ratificará, sin alegar derecho de revisión ni de examen, cuanto le pluguiere resolver durante el pasaje con relación á su honorífico encargo. Lo que atare en la tierra se dará por atado en el cielo; lo que en la tierra desatare, en el cielo se desatará.

Así habla Dios, señores, cuando por el ministerio del hombre quiere perpetuar su obra invisible en el mundo. Rico en medios y con infinitos recursos para que nada ni nadie la frustre, como observa San Agustín, sabe dar á su palabra un tono divino, que, comunicado á la humilde persona del hombre que entra á representarle, es como el destello de la divina autoridad de que en tal acto se reviste. Así se explica el católico cómo en el lenguaje humano cabe esa sobrenatural autoridad que descuella en cuanto sale del labio del Pescador de Galilea; así el incrédulo, con el instinto de todo cerebro engreído y altanero, llama al Papado institución orgullosa, y le rechaza y le persigue, y no encuentra cómo calificarle, toda vez que en su descreimiento no puede llamarle divino.

Pero lo es, aunque le pese, y la Bula de la Cruzada sería, á falta de mil otros, irrefragable testigo de su divinidad. *Vale* para la vida eterna, os dice al entregároslo el Supremo Pastor, que por sí mismo, mediante su Vicario visible, á vuestro favor la expide desde el cielo. *Vale* para la eternidad; y con esto sólo ya sabéis que os la entrega Dios mismo, vuestro mismo Redentor, y sabéis que la entrega á vosotros, que sois sus redimidos y sus ovejas.

Me preguntáis seguidamente á qué tesoro se refiere este *vale*. Y yo os digo que si quien os lo entrega es Dios mismo, y si ha de servirlos para la eternidad, el tesoro á que se refiera no puede ser otro que aquel precioso caudal de méritos del Redentor, que con satisfacción copiosa é infinita desarmó la justicia del Padre, y le ofreció, borrada la culpa del hombre pecador y enclavada en su cruz la sentencia de muerte, le ofreció, digo, un capital copioso y excedente para enjugar la deuda temporal, al que se agregaron los méritos, sobrantes también de la criatura que llamamos con justo motivo santísima, María concebida sin pecado, y los de todos los santos y amigos íntimos de Dios.

Aquí tenéis el tesoro, el depósito, el banco de la Iglesia católica, siempre abierto al Vicario de Jesucristo, según la doctrina perenne de la tradición y el dictado infalible del Tridentino, para que saque





LA PLAZA MAYOR DE MADRID EN LOS DÍAS DE NAVIDAD.

sin cesar cuanto su amor le dicte y demande la pobreza de sus hijuelos. Gracias, favores, indulgencias, perdón y reconciliación diaria, son dones del venero inextinguible de aquella sangre divina con que se firmó el gran Testamento, y que, repartida en siete fuentes principales al salir con mezcla de agua del costado abierto de Jesús, halló dispuestos otros cien surtidores que la levantan hasta la vida eterna.

Sí, sí: tomad esa Bula, *vale* para la vida eterna; y si el protestante, que sin ese banco se cree rico, os pregunta por qué, decidle que porque sois pobres y la necesitáis; y si en su devaneo replica que el sacerdote, según Melquisedec, con una sola oblación lo perfeccionó todo, decidle que sólo á vosotros, fieles y sumisos hijos de la Iglesia, es dado penetrar, explicar y honrar dignamente el valor infinito de esa oblación, la aplicación de su mérito y la bondad inagotable de Dios, que os le aplica en vuestra mayor necesidad.

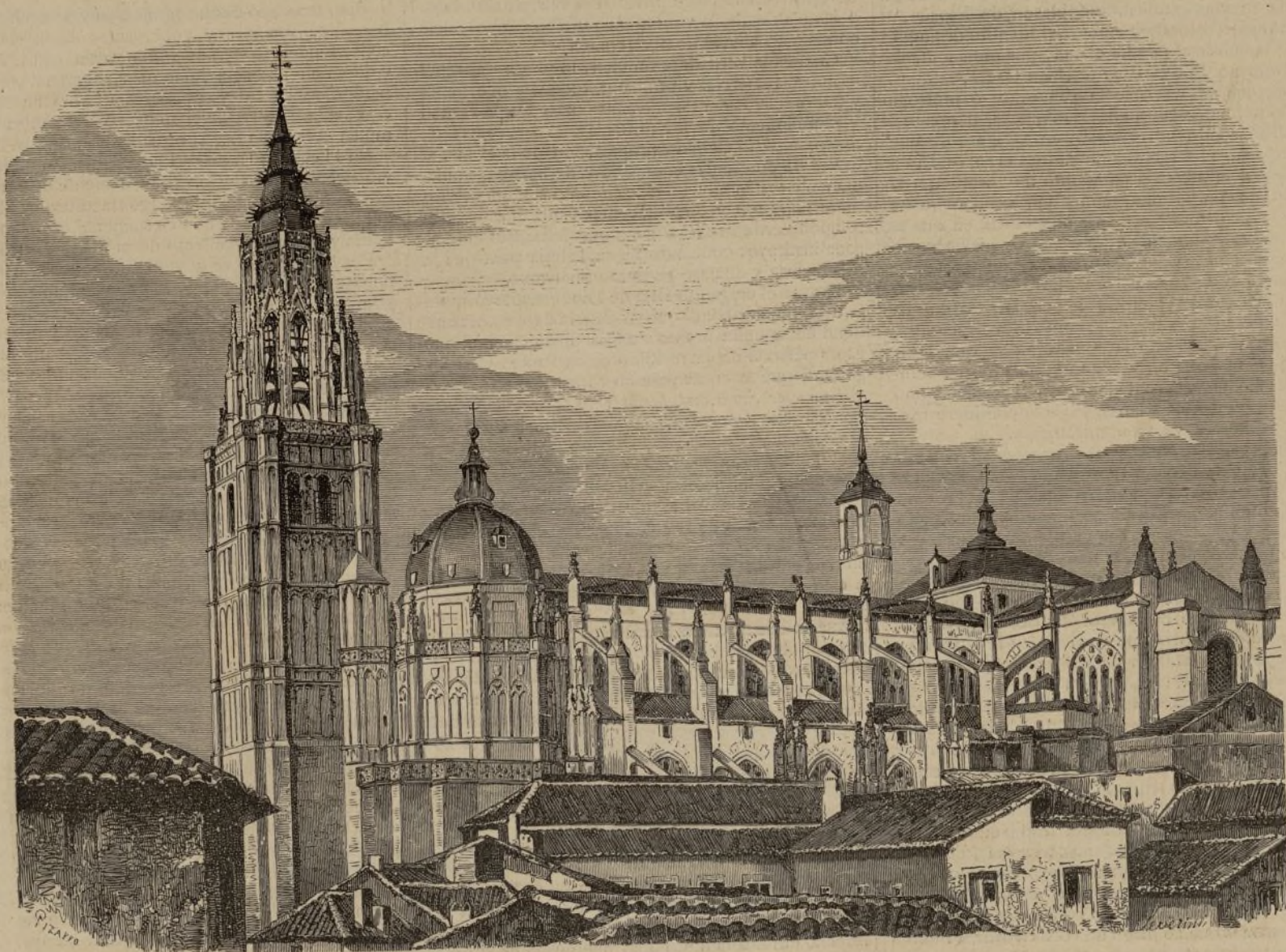
Sí, señores: recorred esa preciosa Bula; leedla con reflexión y detenimiento; haced que en sus puntos más delicados os la explique y aclare persona competente, tarea que ni el tiempo que vuela, ni el plan que me he propuesto me consienten emprender, y veréis cómo ella acude á socorremos en el punto y hora de vuestras más apremiantes y urgentes necesidades. Ella os permite gozar de los consuelos de una religión de amor, aun en el tiempo llamado de entredicho, cuando, encapotado el cielo y apiñadas las nubes, todo es truenos y relámpagos en Sinaí, y niega el sol de justicia un solo rayo de

su benigna y recreativa claridad. Ella, cuando ahrojados y presos entre cadenas de ciertas culpas enormes, que justísimamente reservó la Iglesia, os veis en la condición desesperada del paralítico evangélico, y tenéis que exclamar con él: *Hominem non habeo*, acude pronto á daros ese hombre en un confesor que con divino imperio troca vuestros hierros y os manda andar expeditos y seguir el camino. Ella, si os ve próximos á la ruina amenazada en los Proverbios al hombre, que á la imprudencia en hacer votos añada la morosidad en cumplirlos, os desvía del precipicio, aligerando con la conmutación vuestro peso, y asegurándoos que Dios no desecha el trueque. Ella sostiene vuestra flaqueza, facultándoos para hacer uso de alimentos, de que debierais absteneros por la condición común de católicos y en calidad de pecadores; y fiel y autorizado intérprete de la aceptación divina, os dice que por usar de tal dispensa no dejáis de cumplir la ley del ayuno. Ella, en fin, abre ante vuestros ojos un riquísimo erario de indulgencias, nombre bendito y de salud para nuestras almas, y por lo propio tan odiado y perseguido de toda la familia disidente desde el siglo xvi. Nombre que tanta calumnia hacinó sobre la Iglesia, la cual no enseñó, ni enseñará jamás, que por las indulgencias se exima al hombre del deber de la penitencia para aplicarse la pasión de Cristo y satisfacer á la justicia del Padre, sino que la justicia más severa no es incompatible con la misericordia, y que ésta acude pronta á la aplicación de la sangre del Cordero, para la extinción de toda

deuda, siempre y cuando en el deudor no se echen de menos razonables condiciones. Pero figuraos, señores, si el protestantismo, inventor de una penitencia ridícula, de una no sé cuál imputación extrínseca de los méritos de Cristo en el bautismo para la justificación, y de una fe sin obras de contrición, suficiente para la misma; figuraos, digo, si está en el caso de apreciar la lógica y consecuentísima doctrina de la Iglesia. ¡Ah! acate el protestante esas condiciones, cúmplalas, y luego sabrá apreciar las 90 indulgencias plenarias, y muchísimas parciales que nos ofrece la Bula, aplicables algunas á vivos y á difuntos, porque á la Iglesia, Madre inmortal de inmortales hijos, no la interesan menos los unos que los otros.

Apreciemos y respetemos, pues, señores, á la Bula como blasón religioso por todo lo dicho, y aunque no mas, siquiera porque es un *vale* real, religioso y eterno, que se nos da con condiciones casi enteramente gratuitas. ¿Gratis? Al oír este epíteto se divide en dos bandos la turba de católicos tibios. Unos se van al campo impío, murmurando la antigua cantinela de que no quieren una Bula, que se da por dinero. Otros al de los falsos devotos, arqueando las cejas en continente de gravemente escandalizados, al pensar que por pocos reales se compran (tal es la abusiva frase de que se valen; *comprar la Bula*), se compran, digo, tantos favores y privilegios, y la exención del peso común de mortificativa abstinencia. A estos últimos, que, como ilusos, me mueven á pura compasión, y nada





VISTA EXTERIOR DE LA CATEDRAL DE TOLEDO.

más, les diré de paso, que sólo un orgullo incalificable puede aconsejar á un hijo de familia ingerirse á sentenciar sobre la conducta de un padre de reconocida probidad y que peina muchas canas en lo que concierne al gobierno de su casa y económico y conveniente arreglo de la familia. Pero á los primeros, fautores y partidarios de la impiedad, no puedo despacharlos tan presto.

¿Conque la Bula se compra con dinero? ¿Hasta cuándo, señores, habremos de ser eco estúpido de la repugnante protesta? Decidme: ¿reprobáis acaso, los que así tratáis á la Bula y al Pontífice que la otorga, reprobáis el que, para gloria de la nación y sostenimiento del trono, tase el Príncipe á cada individuo del ejército permanente la contribución de su sangre? Y cuando ésta se derrama en justa guerra, ¿tenéis por mal comprada la placa ó por inmerecido el grado que en la milicia se adjudica al que la vertió generoso? De ninguna de las maneras. Para esa tasa y esta retribución tenéis siempre pronto el panegrico; y luego denostáis al Pontífice, que, en calidad de limosna, impone una corta tasa, no de sangre, sino de dinero, á los españoles no pobres, y que en edad competente se alistan en el grande ejército reclutado para glorificar á Dios de consuno y con el esfuerzo colectivo de pequeños é individuales sacrificios... Y tenéis por mal comprada (permitidme el vocablo) esa insignia, esa retribución con que el Pontífice remunera servicios hechos, no á su persona, sino á la causa de la civilización, de la moralidad, del orden.

Esto es lo que precisamente ponemos en duda, dicen replicando los detractores de la Bula. Mientras que las guerras de Cruzada absorbían los caudales... cuando una exquisita intervención y un riguroso balance nos aseguraban de su empleo, pase: pero hoy... ¿dónde mueren hoy esos pingües rendimientos que... Basta: no prosigáis desbarrando. Si son pingües (lo que comparativamente á tiempos que pasaron se puede poner en duda), si con satisfacción de todo católico van en aumento de algunos años á esta parte, es porque vuestras teorías no han secado aún el manantial de la fe en la masa de este país, católico antes que todo; pero sean pingües ó escasos, lo que importa es que probéis que esos rendimientos hayan sido otra cosa durante más de diez siglos que una subvención copiosa del Estado para que levante cargas de que no puede desenten-

derse sin renegar de su misión civilizadora á lo cristiano. Subid desde el siglo presente, en que por el artículo 38 del Concordato, ley del reino, se aplican á la dotación del culto y clero, ¿qué digo? desde el 30 de Abril de este mismo año, en que á tenor de la última prórroga de la Bula se han de invertir en los gastos del culto divino y en alivio de las iglesias de España, subid hasta el siglo XI, y veréis á esos rendimientos siempre afectos á las obligaciones respectivas á que lo estaban por Reales órdenes, ó sirviendo de pábulo y alimento á la heroicidad española en su lucha incesante contra la barbarie; ó lo que vale tanto, los veréis empleados en glorificar á Dios, y de paso honrar á la patria. Si en algún siglo halláis abusos (¿y en qué estatuto humano no se echan de ver con el tiempo?), en el mismo los hallaréis corregidos con mano fuerte, como pudiera yo haceros ver recorriendo uno por uno los documentos que obran en el interesante archivo de Comisaría de esa institución secular.

Mas ¿para qué me canso, señores, en rebatir manoseados y vulgares reparos contra la Bula, cuando no se la respeta sólo por una ignorancia afectada, sólo porque falta el espíritu de acendrado catolicismo, que casi se identifica y confunde con el romano y de familia con el supremo Gerarca de la Iglesia...? Vosotros la amáis y agradecéis cual se merece, porque la tenéis también por un blasón de familia, y haciéndolo así obráis bien, como os lo demostraré mi tercera parte, brevísima, porque el interés de la segunda nos ha robado el espacio.

Ni creáis por esto que os digo que sea de importancia escasa esta parte tercera. Apelo á vuestro buen criterio, á vuestro criterio católico, para que me digáis si hay doctrina más interesante en los días que corren, que la contenida en este irrepudiable raciocinio. El Pontífice de Roma es padre y pastor del orbe católico, digno por tanto de la consideración y del amor que demandan tales títulos y, acreedor á la gratitud más viva hacia cuanto de su paternal corazón proceda. Admitida esta premisa, que es teológicamente cierta, entra la segunda, que históricamente no lo es menos, y dice: El Romano Pontífice ha tenido siempre en reserva para España y los españoles una buena prueba singular de predilección y paternal cariño, y es la Bula de la Cruzada, que libre y espontáneamente

los ha otorgado y los sigue otorgando con el amor primero. Luego (ved la consecuencia de certidumbre lógica admitidas las enunciaciones que la preparan), luego la Bula es un blasón de familia, que debemos amar y recibir con vivo afecto de gratitud.

¿Cuál de las dos premisas queréis, señores, que os amplifique y aclare? ¿La primera? Pues qué, ¿sólo vosotros sois peregrinos en Jerusalem? ¿Ignoráis sólo vosotros lo que cantan en coro unísono las voces, los pergaminos, las prensas, y hasta los bronces y las piedras de diecinueve siglos? Y cuando enmudecieran estos ecos, ¿nada dice á vuestra mente ni á vuestro corazón ese fenómeno que presenciáis hoy, único en la historia de las edades? ¿No veis cómo las huestes todas del error han decretado batida general para acabar con un hombre solo, y resuelto sitiarse por hambre, ya que mil razones á la par les desaconsejan la violencia? Y él reposa tranquilo y apacienta á su grey, y nutre á sus hijos, que en retorno le alimentan y sostienen todo su decoro con ese milagroso Dinero de San Pedro, que es su propia sangre. Así, señores, circuye en vano y acecha en derredor de fuerte valladar á la mansa oveja el lobo devorador, sin que su vista la turbe ó interrumpa su sueño, ni la dulce tarea de pacer en verde prado para amamantar á sus hijos. ¡Ah! ¡Es tan fuerte y previsora la mano que fortificó aquel recinto...!

Pero ¿queréis que os amplifique y haga palpable la premisa segunda? ¿Y á quién se le oculta que no parece sino que de España hablase también el Profeta cuando pronunció que no había nación en el globo á quien prodigase Dios las muestras de predilección que á la suya? La Bula de la Cruzada, si, señores, digámoslo con noble orgullo, ya que de él somos por misericordia divina todavía capaces, la Bula de la Cruzada, en esa amplitud de dones y de favores, es cosa toda de España, máxime si la consideráis como indispensable requisito para los legítimos efectos del indulto cuadragésimo, de concesión y origen más modernos, pero de incalculable beneficio para nuestro trabajado país.

Y si tan de agradecer es una distinción ó preeminencia cualquiera en la familia ordinaria, que tantas veces es fruto de accidental combinación, ó prescindido de la voluntad del mismo que la confiere, quien al conferírnosla á veces ni nos conoce, como nuestros padres al darnos el sér ó el derecho de primogeni-



tura, ¡cuán de agradecer no será ese blasón de la familia romano-católica, ese blasón de España, á quien puedo llamar seguramente miembro distinguido de la universal familia divina, por obra y gracia del Romano Pontífice su Jefe! En Gaeta, señores, sitio en que se suscribió la concesión ó prórroga penúltima, tenéis la prueba de lo que ese blasón merece. Empapado le recibisteis en lágrimas de que eran torrentes las mejillas de Padre tierno, quien en el golfo de la aflicción se acordó de vosotros; y si lo que Dios no permita, durara aún la ruda prueba á que veis sujeto á ese mártir para el día en que la nueva concesión de hoy espirase, le veríais de nuevo tender la mano, y, olvidado de su pena profunda, entregaros ese blasón de su cariño, diciéndoos *vale* para la vida eterna. No se le ocultaría lo que os daba: antes bien, sabiéndolo, como lo supo siempre, mitigaría su quebranto la convicción de que á sus queridos españoles ofreciera en la Bula lo que siempre ella fué, un venero de bienes para España, como demostraron doctas plumas, ya se la considere religiosa, ya política, ya económicamente.

*Nemo*, pues, señores, *nemo vos seducat inanibus verbis*, os diré yo con el apóstol San Pablo. Palabras vanas y maliciosas son las que pintan á la Bula como un objeto de menosprecio, porque está demostrado que para pechos españoles es blasón de puro patriotismo. Las que la describen con negros colores de misticismo exorbitante, porque habéis visto que para corazones católicos, como los vuestros, es blasón de catolicismo verdadero. Las que la persiguen como sórdido y poco menos que faccioso ultramontanismo, porque acabáis de confesar conmigo que es blasón familiar de leal y bien merecida gratitud.

Hoy, pues, señores, hoy que los modernos Antíocos y Heliodoros colman la copa de la aflicción y se la hacen tragar hasta las heces al Sumo Sacerdote, hoy que con mano alevosa taladran su pecho en cada templo que profanan, en cada víctima que degüellan, en cada piedra que añaden al simulacro del error, hoy, digo, señores, hoy mismo, estimando á esa Bula, respetando á esa Bula, amando á esa Bula, haciendo uso de ella en el nuevo año de concesión que empieza, decid al orbe entero que estimáis, que respetáis, que amáis á vuestro común Padre; y que si, por razones que no juzgo no voláis á formar muro de defensa para él con vuestros pechos, los tenéis aquí siempre fieles, para que dirigiéndoles una mirada, se aminore su congoja, como mirando al del fiel discípulo se mitigaba la de Jesús, crecida por la presencia de Judas.

Así, Dios mío, si con vuestra gracia divina se lo otorgáis, serán siempre dignos los españoles del renombre de católicos por excelencia. Así conservarán para eterna gloria ese nombre, aun en aquel eterno aprisco en que formarán con Vos, único Pastor, un solo y único rebaño por los siglos de los siglos.

ASÍ SEA.

## ENCÍCLICA

(Continuación.)

**H**ONREN, pues, como á sagrado los príncipes el santo nombre de Dios, y entre sus primeros y más gratos deberes cuente el de favorecer con benevolencia y el de amparar con eficacia á la Religión, poniéndola bajo el resguardo y vigilante autoridad de la ley; ni den paso ni abran la puerta á institución ni á decreto alguno que ceda en su detrimento. Este deber de los Gobiernos nace, asimismo, del derecho de los ciudadanos, cuyo bien administran; porque, á la verdad, y sin excepción, los hombres, todos cuantos hemos venido á la luz de este mundo, nos reconocemos naturalmente inclinados y razonablemente movidos á la consecución de un bien final y soberano que, por encima de la fragilidad y brevedad de esta vida, está colocado en los cielos, adonde han de aspirar todos nuestros propósitos y designios.

Si, pues, de este sumo bien depende el colmo de la dicha ó la perfecta felicidad de los hombres, no habrá quien no vea que su consecución tanto importa á cada uno de los ciudadanos, que mayor interés no hay ni es posible. Así que, estando, como está, naturalmente instituida la sociedad civil para la prosperidad de la cosa pública, preciso es que no excluya este bien principal y máximo; de donde nacerá que, bien lejos de crear obstáculos, provea oportunamente, cuanto esté de su parte, toda comodidad á los ciudadanos para que logren y alcancen aquel bien sumo é inmutable que naturalmente desean. Y ¿qué medio hay cómodo y oportuno de que echar mano con ese intento, que sea tan eficaz y

excelente como el de procurar la observancia santa é inviolable de la verdadera religión, cuyo oficio consiste en unir al hombre con Dios?

Cuál es la verdadera religión, lo ve sin dificultad un juicio imparcial y prudente, toda vez que tantas y tan preclaras demostraciones como son la verdad y cumplimiento de las profecías, la frecuencia de los milagros, la rápida propagación de la fe aun al través de potestades enemigas y de barreras humanamente insuperables, el testimonio sublime de los mártires, y mil y otras hacen patente que la única religión verdadera es aquella que Jesucristo en persona instituyó, confiándola á su Iglesia para que la mantuviese y dilatase en todo el universo.

Porque el unigénito Hijo de Dios constituyó sobre la tierra la sociedad que se dice la Iglesia, transmitiéndole aquella propia excelsa misión divina que Él en persona había recibido de su Padre, y encargándole que la continuase en todos tiempos. *Como el Padre me envió, así también yo os envío*<sup>1</sup>. *Mirad que estoy con vosotros todos los días hasta que se acabe el mundo*<sup>2</sup>. Y así como Jesucristo vino á la tierra para que los hombres *tengan vida y la tengan en más abundancia*<sup>3</sup>; no de otra suerte el fin que se propone la Iglesia es la eterna salvación de las almas; por lo cual, en razón de su íntimo sér, se extiende y dilata, cobijando en su regazo á todos los hombres, sin que haya límites, ni de lugar ni de tiempo, que la circunscriban. *Predicad el Evangelio á toda criatura*<sup>4</sup>.

A esta multitud tan grande de hombres, asignó el mismo Dios Prelados con potestad de gobernarla, y quiso que uno sólo fuese el Jefe de todos, y fuese juntamente para todos de máximo é infalible Maestro de la verdad, á quien entregó las llaves del reino de los cielos. *Te daré las llaves del reino de los cielos*<sup>5</sup>. *Apacienta mis corderos...; apacienta mis ovejas*<sup>6</sup>. *Yo he rogado por ti, para que no falte ni desfallezca tu fe*<sup>7</sup>.

Esta sociedad, pues, aunque consta de hombres no de otro modo que la comunidad civil, con todo, atendido el fin á que mira y los medios de que usa y se vale para lograrlo, es sobrenatural y espiritual, y por consiguiente, distinta y diversa de la política; y lo que es más de atender, completa en su género y perfecta jurídicamente, como que posee en sí misma y por sí propia, merced á la voluntad y gracia de su Fundador, todos los elementos y facultades necesarias á su integridad y acción. Y como el fin á que atiende la Iglesia es nobilísimo sobre todo encarecimiento, así, de igual modo, su potestad se eleva muy por encima de cualquier otra, ni puede en manera alguna estar subordinada, ni sujeta al poder civil. Y en efecto, Jesucristo otorgó á sus Apóstoles plena autoridad y mando libérrimo sobre las cosas sagradas, con facultad verdadera de legislar, y con el doble poder emergente de esta facultad, conviene á saber: el de juzgar y el de castigar. *Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad á todas las gentes... enseñándolas á observar todas las cosas que os he mandado*<sup>8</sup>. Y en otra parte: *Si no los oyere, dilo á la Iglesia*<sup>9</sup>. Y todavía: *Teniendo á la mano el poder para castigar toda desobediencia*<sup>10</sup>. Y aun más: *Emplee yo con severidad la autoridad que Dios me dió para edificación, y no para destrucción*<sup>11</sup>. No es, por lo tanto, la sociedad civil, sino la Iglesia, quien ha de guiar los hombres á la patria celestial; á la Iglesia ha hecho Dios el encargo de que entienda en las cosas tocantes á la religión y dé provisión sobre ellas, que enseñe á todas las gentes y amplifique cuanto cupiere en su poder el imperio del nombre de Cristo; en una palabra, que, á su propio juicio, con libertad y expedición gobierne la cristiandad.

Pues esta absoluta y perfectísima autoridad, que filósofos lisonjeros del poder secular impugnan ha largo tiempo, la Iglesia no ha cesado nunca de reivindicarla para sí, ni de ejercerla públicamente. Por ella los Apóstoles batallaron en primer término, y por esta causa, á los príncipes de la Sinagoga, que les prohibían diseminar la doctrina evangélica, respondían constantes: *Hay que obedecer á Dios más que á los hombres*<sup>12</sup>. Esta misma autoridad cuidaron de afianzar acertadamente los Santos Padres con peso y claridad de razones por demás convicentes; y los Romanos Pontífices, con invicta constancia de ánimo, la vindicaron siempre contra sus enemigos.

Bien más: eso mismo ratificaron y de hecho aprobaron los príncipes y gobernantes de la sociedad civil, supuesto que han solido tratar con la Iglesia como con potencia legítima y soberana, ora por medio de pactos y transacciones, ora enviándole embajadores y recibíéndolos, ora cambiando en mutua correspondencia otros buenos oficios.

En lo cual se ha de reconocer la mano de la providencia de Dios, quien señaladamente dispuso que esta misma potestad de la Iglesia estuviera dotada del principado civil, que ciertamente es óptima garantía y tutelar firmamento de su libertad.

Por lo dicho se ve cómo Dios ha hecho comparticipes del gobierno de todo el linaje humano á dos potestades: la eclesiástica y la civil; ésta, que cuida directamente de los intereses humanos y terrenales; aquella, de los celestiales y divinos. Ambas á dos potestades son supremas, cada una en su género; contiéndose distintamente dentro de términos definidos conforme á la naturaleza de cada cual y á su causa próxima; de lo que resulta una como doble esfera de acción, donde se circunscriben sus peculiares derechos y sendas atribuciones. Mas como el sujeto sobre que recaen ambas potestades soberanas es uno mismo, y como, por otra parte, suele acontecer que una misma cosa pertenezca, si bien bajo diferente aspecto, á una y otra jurisdicción, claro está que Dios, providentísimo, no estableció aquellos dos soberanos poderes sin constituir juntamente el orden y el proceso que han de guardar en su acción respectiva. *Las potestades que son, están por Dios ordenadas*<sup>1</sup>. Si así no fuese, con frecuencia nacerían motivos de litigios insolubles y de lamentables reyertas, y no una sola vez se pararía el ánimo indeciso sin saber qué partido tomar, á la manera del caminante ante una encrucijada, al verse solicitado por contrarios mandatos de dos autoridades, á ninguna de las cuales puede, sin pecado, dejar de obedecer. Todo lo cual repugna en sumo grado pensar de la pródiga sabiduría y bondad de Dios, que en el mundo físico, con ser éste de un orden tan inferior, atemperó, sin embargo, las fuerzas naturales y ajustó las causas orgánicas á sus mutuos efectos con tan arreglada moderación y maravillosa armonía, que ni las unas impidan á las otras, ni dejen todas de concurrir á la hermosura cabal y perfección excelente del universo.

Es, pues, necesario que haya entre las dos potestades cierta trabazón ordenada; trabazón íntima, que no sin razón se compara á la del alma con el cuerpo en el hombre. Para juzgar cuánta y cuál sea aquella unión, forzoso se hace atender á la naturaleza de cada una de las dos soberanías, relacionadas así como es dicho, y tener cuenta de la excelencia y nobleza de los objetos para que existen, pues que la una tiene por fin próximo y principal el cuidar de los intereses caducos y deleznales de los hombres, y la otra el de procurarles los bienes celestiales y eternos.

Así que todo cuanto en las cosas y personas, de cualquier modo que sea, tenga razón de sagrado, todo lo que pertenece á la salvación de las almas y al culto de Dios, bien sea tal por su propia naturaleza ó bien se entienda ser así en virtud de la causa á que se refiere, todo ello cae bajo el dominio y arbitrio de la Iglesia; pero las demás cosas que el régimen civil y político, como tal, abraza y comprende, justo es que le estén sujetas, puesto que Jesucristo mandó expresamente que se dé al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios. No obstante, á veces acontece que por necesidad de los tiempos pueda convenir otro género de concordia que asegure la paz y libertad de entrambas, por ejemplo, cuando los Gobiernos y el Pontífice Romano se avengan sobre alguna cosa particular. En estos casos, hartas pruebas tiene dadas la Iglesia de su bondad maternal, llevada tan lejos como le ha sido posible la indulgencia y la facilidad de acomodamiento.

Esta que dejamos trazada sumariamente es la forma cristiana de la sociedad civil; no fingida temerariamente y por capricho, sino sacada de grandes y muy verdaderos principios que, á juicio de la misma razón natural, merecen asentimiento.

La constitución social que acabamos de plantear no menoscaba la verdadera grandeza de los príncipes, ni en cosa alguna atenta á la honra que de justicia compete á la autoridad civil; guarda incólumes los derechos debidos á la majestad, y los hace más augustos y venerandos. Que si bien se mira y se va al fondo de las cosas, por precisión se verá resultar un grado máximo de perfección que no tienen los demás sistemas políticos; perfección cuyos frutos serían óptimos en verdad, y de lo más precioso y vario, si cada uno de los dos poderes se contuviese en su esfera y se aplicasen sincera y totalmente á

<sup>1</sup> Evangelio de San Juan, XX, 21.

<sup>2</sup> San Mateo, XXVIII, 20.

<sup>3</sup> San Juan, X, 10.

<sup>4</sup> San Marcos, XVI, 15.

<sup>5</sup> San Mateo, XVI, 19.

<sup>6</sup> San Juan, XXI, 16, 17.

<sup>7</sup> San Lucas, XXII, 32.

<sup>8</sup> San Mateo, XXVIII, 18, 19, 20.

<sup>9</sup> Ibid., XVIII, 17.

<sup>10</sup> San Pablo, Epístola segunda á los Corintios X, 6.

<sup>11</sup> Ibid., XIII, 10.

<sup>12</sup> Actos de los Apóstoles, V, 29.

<sup>1</sup> San Pablo, Epístola á los Romanos, XIII, 9.



desempeñar en aquello que les corresponde su cargo y su oficio.

Con efecto, en una sociedad constituida según dijimos, lo divino y lo humano se distinguen, clasifican y ordenan convenientemente; los derechos de los ciudadanos respétanse como inviolables, ni se vulneran fácilmente, estando, como están, á cubierto bajo la égida de las leyes divinas, naturales y humanas; los deberes de cada cual son exactamente definidos, y queda sancionado con oportuna eficacia su cumplimiento. Cada individuo, durante el curso incierto y trabajoso de esta mortal peregrinación hacia la patria eterna, sabe que tiene á la mano jefes y guías seguros para emprenderla, y ayudadores para acabarla; y sabe que igualmente se le han proporcionado otros que le procuren ó conserven su seguridad, su hacienda y los demás provechos de la vida social.

La sociedad doméstica logra toda la necesaria firmeza por la santidad del matrimonio, uno é indisoluble. Los derechos y los deberes entre los cónyuges están regulados con sabia justicia y equidad; el honor y respetos debidos á la mujer se guardan decorosamente; la autoridad del marido se ajusta como á dechado con la de Dios; la patria potestad se aviene con la dignidad de la esposa y de los hijos, y al amparo, al mantenimiento y á la educación de la prole egregiamente se acude.

En la esfera política y civil las leyes se enderezan al bien común, dejándose dictar, no por el voto apasionado de las muchedumbres, fáciles de seducir y arrastrar; sino por la verdad y la justicia; la majestad de los príncipes reviste un carácter sagrado y sobrehumano, y está resguardada para que ni decline de la justicia, ni se propase á mandar lo pernicioso é ilícito; la obediencia de los ciudadanos tiene por compañeras la honra y la dignidad, porque no es esclavitud ó servidumbre de hombre á hombre, sino sumisión á la voluntad de Dios, que reina por medio de los hombres. Una vez que esto ha entrado en la persuasión, la conciencia entiende al momento ser deber de justicia el acatar la majestad de los príncipes, obedecer constante y lealmente á la pública autoridad, no obrar nada con espíritu de sedición y observar religiosamente las leyes del Estado.

Se imponen también, como obligatorias, la mutua caridad, la benignidad, la liberalidad; como que el ciudadano y el cristiano son uno mismo, no se dividen el uno del otro con preceptos que pugnan entre sí; y, en suma, los grandes bienes de que espontáneamente colma la Religión cristiana la misma vida mortal de los hombres, todos se aseguran para la comunidad y sociedad civil; de donde aparece certísimo aquel dicho: «El estado de la república pende de la religión con que se da culto á Dios; y entre una y otra hay estrecho parentesco»<sup>1</sup>.

En muchos pasos de sus obras, San Agustín, tratando de la eficacia de aquellos bienes, discurre á maravilla, como acostumbra, y señaladamente cuando hablando con la Iglesia Católica, le dice: «Tú instruyes y enseñas dulcemente á los niños, bizarramente á los jóvenes, con paz y calma á los ancianos, según lo sufre la edad, no tan solamente del cuerpo, sino también del espíritu. Tú sometes al marido la mujer con casta y fiel obediencia, no como cebo de la pasión, sino para propagar la prole, y para la unión de la familia. Tú antepones á la mujer el marido, no para que afrente al sexo más débil, sino para que le rinda homenaje de amor leal. Tú los hijos á los padres haces servir, pero libremente; y los padres sobre los hijos dominan, pero amorosa y tiernamente. Los ciudadanos á los ciudadanos, las gentes á las gentes, todos los hombres unos á otros, sin distinción ni excepción, aproximadas, recordándoles que, más que social, es fraterno el vínculo que los une; porque de un solo primer hombre y de una sola primera mujer se formó y descende la universalidad del linaje humano. Tú enseñas á los reyes á mirar por el bien de los pueblos, y á los pueblos á prestar acatamiento á los reyes. Tú muestras cuidadosamente á quién es debida la alabanza y la honra, á quién el afecto, á quién la reverencia, á quién el temor, á quién el consuelo, á quién el aviso, á quién la exhortación, á quién la blanda palabra de la corrección, á quién la dura de la increpación, á quién el suplicio; y manifiestas también en qué manera, como quiera sea verdad que no todo se debe á todos, hay que deber, no obstante, á todos caridad y á nadie agravio»<sup>2</sup>.

En otro lugar, el Santo, reprendiendo el error de ciertos filósofos que presumían de sabios y entendidos en la política, añade: «Los que dicen ser la doctrina de Cristo nociva á la república, que nos den

un ejército de soldados tales como la doctrina de Cristo manda; que nos den asimismo regidores, gobernadores, cónyuges, padres, hijos, amos, siervos, reyes, jueces, tributarios en fin y cobradores del fisco, tales como la enseñanza de Cristo lo quiere y forma; y una vez que los hayan dado, atrevanse á mentir que semejante doctrina se opone al interés común, que no dirán; antes bien, habrán de reconocer que su observancia es la gran salvación de la república»<sup>3</sup>.

Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. Entonces aquella energía propia de la sabiduría cristiana, aquella su divina virtud, había compenetrado las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos, infiltrándose en todas las clases y relaciones de la sociedad, la religión fundada por Jesucristo se veía colocada firmemente sobre el grado de honor y de altura que le corresponde; florecía en todas partes secundada por el agrado y adhesión de los príncipes y por la tutelar y legítima deferencia de los magistrados; y el sacerdocio y el Imperio, concordes entre sí, departían con toda felicidad en amigable consorcio de voluntades é intereses. Organizada de este modo la sociedad civil, produjo bienes muy superiores á toda esperanza. Todavía subsiste la memoria de ellos, y quedará consignada en un sinnúmero de monumentos históricos, ilustres é indelebles, que ninguna corruptora habilidad de los adversarios no podrá nunca desvirtuar ni oscurecer.

Si la Europa cristiana domó las naciones bárbaras y las hizo pasar de la fiera á la mansedumbre, de la superstición á la verdad; si rechazó victoriosa las irrupciones de los mahometanos, si conserva el cetro de la civilización, y ha solido ser maestro y guía al resto del mundo para descubrir y enseñarle todo cuanto podía redundar en pro de la humana cultura; si ha procurado á los pueblos el bien de la verdadera libertad en sus diferentes formas; si con muy sabia providencia ha creado tan numerosas y heroicas instituciones para aliviar á los hombres en sus desgracias, no hay que dudarlo, todo ello lo debe agradecer grandemente á la religión que le dió para excogitar é iniciar tamañas empresas, inspiración y aliento, así como auxilio eficaz y constante para llevarlas á cabo.

Habían permanecido ciertamente, aun ahora, estos mismos bienes si la concordia entre ambas potestades perseverase también; y mayores se habrían debido esperar si la autoridad, el magisterio y los consejos de la Iglesia los acogiese el poder civil, con mayor fidelidad, generosa atención y obsequio constante. Las palabras siguientes, que escribió Ivón de Chartres al Romano Pontífice Pascual III, merecen escucharse como la fórmula de una ley perpetua: «Cuando el Imperio y el sacerdocio viven en buena armonía, el mundo está bien gobernado y la Iglesia florece y fructifica; cuando están en discordia, no sólo no crece lo pequeño, sino que las mismas cosas grandes decaen miserablemente y perecen»<sup>4</sup>.

Pero las dañosas y deplorables novedades promovidas en el siglo XVI, habiendo primeramente trastornado las cosas de la Religión cristiana, por natural consecuencia vinieron á trastornar la filosofía, y por ésta, todo el orden de la sociedad civil. De aquí, como de fuente, se derivaron aquellos modernos principios de libertad desenfrenada, inventados en la gran revolución del pasado siglo y propuestos como base y fundamento de un derecho nuevo, nunca jamás conocido, y que disiente en muchas de sus partes, no solamente del derecho cristiano, sino también del natural. Supremo entre estos principios es el de que todos los hombres, así como son semejantes en especie y naturaleza, así lo son también en los actos de la vida; que cada cual es de tal manera dueño de sí, que por ningún concepto debe estar sometido á la autoridad de otro; que puede pensar libremente lo que quiera, y obrar lo que se le antoje acerca de cualquier cosa; en fin, que nadie tiene derecho de mandar sobre los demás. En una sociedad informada de tales principios, no hay más origen de autoridad sino la voluntad del pueblo, el cual, como único dueño que es de sí mismo, es también el único á quien debe obedecer. Y si elige personas á las cuales se someta, lo hace de suerte que traspara á ellas, no ya derecho, sino el encargo de mandar, y éste para ser ejercido en su nombre. Para nada se tiene en cuenta el dominio de Dios, ni más ni menos que si, ó no existiese, ó no cuidase de la sociedad del linaje humano, ó los hombres ya por sí, ya en sociedad, no debiesen nada á Dios, ó fuese posible imaginar un principado que no tuviese en Dios mismo el principio, la fuerza y la autoridad para gobernar. De este modo,

como se ve claramente, el Estado no es más que una muchedumbre maestra y gobernadora de sí misma, y como se dice que el pueblo contiene en sí la fuente de todos los derechos y de toda autoridad, es consiguiente que el Estado no se creará obligado á Dios por ninguna clase de deber; que no profesará públicamente ninguna religión, ni deberá buscar cuál es, entre tantas, la única verdadera, ni favorecerá á una principalmente; sino que concederá á todas ellas igualdad de derechos, con tal que el régimen del Estado no reciba de ellos ninguna clase de perjuicios, de lo cual se sigue también el dejar al arbitrio de los particulares todo lo que se refiere á religión permitiendo á cada cual que siga la que prefiera, ó ninguna, si no aprobase ninguna. De ahí la libertad de conciencia, la libertad de culto, la libertad de pensar y la libertad de imprenta.

(Se concluirá.)

## MEDIOS ARTIFICIALES DE EXTINCIÓN

DE LA LANGOSTA



STOS son varios, según el estado en que se halla. Para la destrucción del canuto se puede hacer uso del arado de vertedera, del extirpador especial, del azadón y de la recolección á mano.

**Arado.**—Por las observaciones que llevamos hechas sobre el terreno, nos hemos convencido de que el arado ordinario no se puede emplear con éxito en la extinción del canuto, por la razón sencillísima de que por cada uno que destruye deja ciento intactos. El arado de vertedera podrá aplicarse con buen resultado, siempre que trabaje á unos doce centímetros de profundidad, y se pase luego una rastra para igualar el terreno.

**Azadón.**—Este instrumento de labranza sirve para cavar los cuchillos que el arado deja y los sitios en que éste no puede funcionar, ya por su naturaleza pedregosa, ya por el monte que contienen. Cuando se trabaja con azadón, lo más seguro para el buen éxito de la operación consiste en rozar la tierra de modo que el canuto quede cortado próximamente por la mitad. De este modo queda desecha la obra de defensa con que la langosta, en su instinto de conservación de la especie, protegiera los huevecillos. Esta observación, repetida multitud de veces, nos induce á formular la siguiente sentencia: *canuto partido, germen destruido*.

**Extirpador.**—Con el uso del extirpador ordinario no se consigue la extinción del canuto, como no sea en una parte sumamente mínima, por la razón de que el ángulo que forma la base de las rejas con el horizonte es demasiado abierto. Con objeto de obviar este inconveniente, presentamos á la Junta provincial de extinción de la langosta de Sevilla un proyecto de extirpador que fué aceptado, construído y ensayado en aquella provincia con resultados verdaderamente singulares, en tales términos, que la superficie labrada por dicho instrumento no dió un solo mosquito. Al reconocer á los seis días de operar el terreno, vi con satisfacción que se hallaban ya descompuestos los huevecillos. Dicho se está que el extirpador no puede trabajar en terrenos pedregosos ni de monte; pero en los demás produce un resultado excelente.

El extirpador, de nuestra invención, tiene cuatro rejas triangulares de 25 centímetros, por manera que hiere una faja de un metro de ancho, y en su consecuencia trabaja la misma superficie que unas seis yuntas con el arado. El aparato se gradúa de manera que las rejas pasen á una profundidad de 10 á 14 milímetros, con objeto de que todos los canutos queden cortados. De este modo se asegura infaliblemente el éxito que se propone. Otra ventaja ofrece el aparato, y es la de que concilia los intereses de la agricultura con los de la ganadería, puesto que el césped queda en su sitio formando tortas ó fajas de á 25 centímetros de ancho, y este césped, formado en su mayor parte de gramíneas cuya corona de raíces es superficial, arraiga de nuevo sin perjuicio aparente por la labor que se ha practicado.

**Recolección del canuto á mano.**—Este sistema ofrece el inconveniente de dejar muchos canutos en el suelo y de ser muy caro. La previa escarificación del terreno favorece el mullimiento de la capa superior del terreno, que generalmente se criba para recoger con más facilidad los canutos.

**Persecución del mosquito.**—Aparecido éste, acostumbra reunirse en manchas que se cobijan al respaldo de las matas en días de viento. El sistema que nos ha dado mejor resultado consiste en rodear la mancha con tres ó cuatro peones provistos de azadón, con el cual mullen tierra en cantidad sufi-

<sup>1</sup> *Sacr. Imp. ad Cyrillum Alexandr. et Episcopos metrop.*—Cfr. Labbeum Collect. Conc. T. III.

<sup>2</sup> *De moribus Ecclesiae Catholicae*, cap. XXX, núm. 63.

<sup>3</sup> *Epistola CXXXVIII* (al. 5) *ad Marcellinum*, cap. II, núm. 15.

<sup>4</sup> *Epistola CCXXXVIII*.



cienta para tres ó cuatro pelladas; cargados los azadones, esparcen todos, á una señal, la tierra encima de la mancha, repitiendo la operación varias veces y luego se apisona esta tierra con los pies.

**Persecución de la mosca y saltón.**—En este estado la plaga, dan buenos resultados los ojeos, las mangas y los buitrones. El ojeo consiste en obligar la cuadrilla de obreros, valiéndose de ramas, al insecto, que se conduce á una zanja abierta de antemano, en la cual se entierra. La manga se construye generalmente con una vara bifurcada, cuyas ramas se unen formando una elipse, á la cual se adapta un lienzo, que constituye la manga. El modo de operar consiste en cogerla con dos manos por el mango y pasarla vertical la boca y con la velocidad conveniente, y casi arrastrando por el suelo por encima de los saltones, los cuales al saltar para huir de la manga son recogidos por la misma. Al tener ya bastante langosta recogida, se vacía la manga en un saco, y lleno éste se lleva á enterrar. Los buitrones consisten en unos lienzos ó sábanas, en cuyo centro se abre una abertura á la que se adapta una talega; se coloca el buitrón cerca de la langosta, de manera que uno de sus lados descansa en el suelo, doblada una faja de buitrón en su sentido más largo, y levantado verticalmente el resto del buitrón, que sostienen dos peones á manera de valla ó parapeto; los otros peones formando un cordón, van ojeando la langosta, obligando á recogerse en el lienzo, y una vez conseguido esto se reúnen las puntas dos á dos, se sacude el buitrón para que la langosta caiga en la talega, la cual se cierra y ata á cada operación, hasta que, una vez llena, se vacía en un saco.

También da resultado el sistema mixto de ojeo y manga, y debería dársele no menor una carretilla ligera dispuesta para hacer el oficio de manga.

**Única base racional de la campaña contra la langosta.**—El éxito de la campaña está, indudablemente, en razón directa de la cantidad de canuto que se destruye, y en su consecuencia se hace de todo punto indispensable proceder, en tiempo oportuno, al acotamiento de las manchas de postura. Al efecto, hay que observar los vuelos, revuelos y posas de la langosta en la época del desove, y demarcar, sin pérdida de tiempo, todas las manchas de postura, valiéndose de hitos, mojones ó surcos. Para esto hay que disponer del personal suficiente de expertos ó prácticos que desempeñen su cometido con escrupulosidad y celo. De lo contrario, se pierde un tiempo preciosísimo y se obliga á gastar sin duelo y sin resultado sensible cuando la langosta se ha avivado y desarrollado.

Llevando la estadística exacta de las manchas de aovación, y bien circunscritas éstas, resulta siempre la superficie infestada que se denuncia infinitamente menor que cuando se practica sin oportunidad la estadística, ó sea, cuando borradas ya las señales de postura se han de valer los encargados del procedimiento de las catas, operación muy errónea que hace se denuncien como infestadas superficies extensísimas, cuando en realidad sólo hay rodales en esas mismas extensiones que verdaderamente tengan canuto.

Cuando la demarcación de mancha se hace oportuna y debidamente, resultan las ventajas siguientes: 1.<sup>a</sup> Reducción grandísima de gastos. 2.<sup>a</sup> Las operaciones de extinción son esmeradas, y se dispone de medios y tiempo bastante para reducir á polvo, si se quiere, las manchas de canuto. 3.<sup>a</sup> No se roturan en balde, grandes superficies, causando perjuicios á la ganadería. Y 4.<sup>a</sup> No se escapan al acotamiento numerosas manchas de postura como se han escapado y se escaparán siempre que estos trabajos se hagan tardíos.

J. R. V.

## PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Conclusión.)

**M**IRA, aun una nueva víctima! Un buen polaco en el cadalso,—le dijo uno de ellos, alargándole el periódico *El Cesar*.

—¿Dónde ha sido eso?—dijo Witold, tomando maquinalmente el diario.

—En Suwalki; un joven que creo que conoces. Me parece que te he oído hablar de él.

Witold se sentó, desdobló el periódico, y leyó el párrafo que le señalaban con el dedo. Decía lo siguiente:

«El 9 de Octubre, la pequeña ciudad de Suwal-

ki, en el gobierno de Augustowo, ha visto caer una nueva víctima, sacrificada en aras de la patria. Un joven, comisario del gobierno nacional, herido en una emboscada, fué hecho prisionero no muy lejos de allí. El general Toll dispuso que le curasen sus heridas, antes de mandarlo al cadalso. En el día citado más arriba, la ejecución se ha efectuado en presencia de un numeroso gentío enternecido. El joven ciudadano no ha hecho ninguna confesión, ni dejado ninguna confidencia peligrosa. Ha marchado al suplicio con una firmeza digna, acompañado de un anciano sacerdote, que hasta el fin ha estado á su lado. Desatando el cadáver del cadalso, se le ha encontrado, muy apretado en la mano, una pequeña miniatura de mujer.

«Este joven ciudadano deja un hermoso nombre, digno de ser inscrito con honor en el martirologio de la patria... Este es, Tadeo Oskierko.»

—¿Y bien! ¿Qué hay, Witold?—preguntó uno de los jóvenes, viendo que se le caía el periódico al suelo, que la mano de su camarada desfalleció, que sus ojos se agrandaron, que sus labios se pusieron lívidos. —¿Te vas á desmayar? ¿Por qué te ha hecho tanta impresión esa muerte?

—Es que... mirad...; Tadeo era mi amigo... y yo le he matado!—respondió Witold, hablando con lentitud y con un tartamudeo siniestro, parecido al de la embriaguez.

Después se le subió la sangre al rostro, su lengua se soltó, y exclamó con la volubilidad de la fiebre y el fuego del delirio en los ojos:

—¿Sabéis cómo le he matado? No, no lo sabéis... Soy yo el que le he robado su mujer... Sí, yo soy casado; miradme bien. ¿No lo sabíais...? Yo me he casado con la prometida de mi amigo; me he casado como un cobarde, porque había húsares rusos en el patio, y el capitán ha asistido á mi boda. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¿Es una historia muy graciosa la que os cuento, no es así? una historia antigua: la historia de un noble corazón engañado por un amigo y por una mujer.

—¿Está loco!—dijeron sus amigos palideciendo. —Ven, Witold, estás enfermo. Vamos á llevarte á tu casa.

—¿Yo enfermo...? Nunca me he sentido mejor... Os contaré mi boda; es preciso no reírse. ¿Cómo fué, pues...? Tadeo se había marchado, y los rusos iban á cogerme. Entonces me han dado el anillo de Alina, y he puesto mi mano en su mano. He jurado fidelidad, me parece, y también me parece que lo hice de corazón... Pero era mirando á la otra... ¡la otra, que me amaba tanto! ¿Pero qué tengo? ¡Me ahogo y no veo!

Diciendo estas palabras, Witold se puso muy encendido, y cayó pesadamente en su silla. Acababa de efectuarse una congestión violenta.

Se precipitaron á socorrerlo; se llamó apresuradamente á un médico, y después de haber prodigado al enfermo las cosas más apremiantes, se lo llevaron á su cuarto. La fiebre aumentó, como también el delirio. Estuvo quince días entre la vida y la muerte. Daba lástima el ver esta naturaleza robusta y esta inteligencia tan clara, tan fuerte, que no se había debilitado nunca, bambolearse, errar, de cuando en cuando encenderse y apagarse, como una antorcha agitada por el viento.

Llegó por fin un día en que desapareció la fiebre, y Witold se encontró en su cuarto débil, desolado, pero curado.

Vió á sus amigos al rededor de su cama, los reconoció y les estrechó la mano; pero no tuvo fuerzas para sonreírles, porque le había vuelto la memoria al mismo tiempo que la razón. Les dió gracias por su asistencia; pero no les preguntó sobre lo largo de su enfermedad, y no les habló de la causa que la había producido.

Se hubiera dicho que la había olvidado, y sin embargo, en este mismo momento creía oír la voz de Tadeo, que le llamaba desde su sepulcro.

Les pareció á sus amigos tan tranquilo, que se regocijaron y se guardaron muy bien en recordar este fatal suceso. Pero la tranquilidad era sólo aparente. En aquella naturaleza tan vivaz y tan valiente, el golpe había penetrado hasta el corazón tan violentamente, que el alma había arrastrado al cuerpo en su ruina.

El cuerpo se había levantado poco á poco y curado; pero el alma conservaba su herida; una de esas heridas con las cuales no se vive mucho tiempo.

Y bien, Witold no daba al espíritu tiempo para obrar y para enviarle su bálsamo celestial. Witold tenía prisa de acabar de una vez.

Al cabo de algunos días estuvo tan fuerte y tan tranquilo, al parecer, que sus amigos se alejaron poco á poco y lo dejaron libre para volver á su género de vida de antes. Respiró cuando se encontró solo.

Iba, en fin, á poder ofrecer su expiación á Tadeo.

El 9 de Diciembre, á los dos meses justos después de la ejecución, Witold quemó sus papeles de más importancia y escribió á las dos mujeres, á quienes había hecho dos víctimas sin quererlo: á Alina y á Alejandra. Fingiendo que moría de una enfermedad de languidez, les dirigía sus últimos deseos: á una, rehusaba su dón; á la otra le devolvía su libertad.

¡Triste libertad que llegaba demasiado tarde! ¿Por qué en Glonki el señor de Sawinski había contenido aquella mano asesina, que temprano ó tarde debía acabar con Witold...?

Sin esto, Tadeo viviría aún, y el techo de Glonki cobijaría dos corazones dichosos.

Pero, ¿para qué recordar el crimen? Lo que era preciso era pensar en el castigo.

Se acercaba ya... Cuando concluyó las dos cartas, Witold se puso su mortaja; era la czamarka<sup>1</sup> que tenía puesta en su primer batalla, y con la cual quería morir.

Dos balas habían agujereado los faldones sin herir al joven caudillo. No sucedería lo mismo con la que le iba á herir muy pronto.

Después le sobrevino una gran tristeza. Pensó que de todos los que amaba ninguno besaría su cadáver, ninguno le cerraría los ojos. Tadeo al menos había tenido un anciano sacerdote, un antiguo amigo que lo había acompañado hasta la tumba.

—¿Pero lo has merecido tú?—se dijo Witold con coraje. —Eres un cobarde, un asesino; ¿acaso tu suerte vale una lágrima...? ¡Muere, miserable, muere solo, muere maldito!

Y cogiendo su pistola, iba á cometer el más horrible de los crímenes.

En la puerta, cerrada con llave, dieron un ligero golpe. Una voz dulce y grave le llamó y le dijo:

—Vengo de parte de Tadeo.

Dios sin duda había inspirado al que le hablaba de ese modo.

No había otro nombre que el de aquel mártir que hubiese podido hacer caer de las manos de Witold el arma... Pero corrió por sus venas un estremecimiento, palideció, soltó su pistola y abrió la puerta.

El que entró fué el cura de Mlynck.

—Desde la muerte de Tadeo os busco para daros un mensaje de paz. ¡Os doy gracias, Dios mío; he llegado á tiempo!—dijo el sacerdote percibiendo el arma que se había caído al suelo.

Grandes gotas de sudor brillaban en la frente de Witold; no podía hablar.

—El que he consolado en el cadalso, me ha encargado que os predique el valor—continuó el cura volviéndose hacia él.—¿Por qué os desesperáis?

—Porque he matado á mi amigo, el prometido de Alina; porque he sido un cobarde—respondió Witold apretando los puños.

—Vuestra primera cobardía ibais á ejecutarla; pero ésta hubiera sido irreparable. Dios no lo ha permitido; reconocedlo, Witold, es porque El os ama... Os lo mando en nombre del que me envía; tened valor y vivid.

—¿Para qué he de vivir?—respondió Witold con desaliento. —Estoy solo, tengo remordimientos y no tengo ya patria.

—Si estáis solo, buscad y amad á vuestros hermanos. Obrad, haced bien; si tenéis remordimientos, éste es el modo de olvidarlos. Luchad con lo presente, preparad lo por venir, y aun en el destierro trabajaréis aún por la patria.

Witold movió tristemente la cabeza.

—Decís, padre, que venís de parte de Tadeo. ¿Es que me ha perdonado?

—Mirad su último mensaje, leedlo—le respondió el sacerdote.

Witold tomó la carta y leyó estas líneas:

«Desde mi prisión de Suwalki, 8 de Octubre 1863.

«No os engañéis sobre el sentido de esta carta, Witold; no es el perdón lo que os envío, sino que os remito una confesión. Os conozco demasiado bien para saber lo que haréis cuando tengáis noticia de mi muerte, y lo que yo mismo hubiera hecho. El peso de mi pérdida caerá sobre vuestro corazón, y os acusaréis de haber sido mi verdugo. No, Witold, consolaos: mi verdugo he sido yo mismo, y voy á explicarlo.

«Recordad, amigo mío, todas esas apasionadas quimeras, todas esas inquietudes de mi corazón, de las que tanto os burlabais. Ellas son las que me han conducido aquí. Tened lástima de mí, Witold; tenía la enfermedad de mi siglo, la amarga incertidumbre, la duda universal. Me juzgaba juicioso, porque un desengaño me había hecho desconfiado; no creía ya en la honradez, porque había amado á una coqueta. Si hubiera conservado la cándida fe, la dulce confianza, no os hubiera condenado, aunque todas las apariencias estaban contra vos; no hubiera calumniado á Alina.

<sup>1</sup> Especie de túnica ajustada, bordada con trencilla, abotonada con presillas y botones.





«Entonces no me hubiera precipitado voluntariamente al peligro; hubiera amado, hubiera creído y hubiera vivido.

«Ahora os lo diré, Witold; aprecio muy poco la vida. Alina no hubiera sido feliz conmigo; más pronto ó más tarde hubiera desconfiado de ella. De esto tiene la culpa nuestro tiempo y nuestras costumbres.

«La juventud se apaga demasiado temprano, porque no tiene ya la fe para conservarla bajo sus alas. Si miramos siempre al rededor de nosotros ó debajo de nosotros, nuestro corazón se oprime, nuestra frente se inclina y se acostumbra á languidecer por todo. Si queremos ser mucho tiempo jóvenes y felices, es menester levantar nuestras miradas y nuestro corazón, y buscar allá arriba, mucho más alto que nuestras inquietudes humanas, alguna cosa pura, algo grande, algo sagrado.

«Todo esto, Witold, es para deciros que vivieris porque tenéis fe. Me diréis, fe en la patria. ¡Qué importa! Es siempre fe en una idea sobrehumana, en una causa sublime é inmaterial para la cual es menester vivir y sufrir y no contar sus lágrimas. Aun cuando la veáis perdida no os desaniméis. Sabed que la Providencia toma su tiempo y que no debemos medirle los años. A cada uno de nosotros su tarea, Witold; tareas igualmente bellas, igualmente santas y fecundas. A mí la de morir, porque he sido débil y he dudado; á vos la de sufrir y de vivir, porque sois el más fuerte de los dos.

«Adiós Witold, y buen ánimo.

TADEO OSKIERKO.»

Al acabar la lectura de este testamento sagrado, Witold tomó el papel y lo llevó á sus labios. Después de pronto le faltó la fuerza:

— ¡Mi pobre querido Tadeo! — exclamó sollozando; y lloró como una mujer.

— Y ahora ¿qué habéis resuelto? — le preguntó el cura de Mlynk. — Sabéis que no se desobedece á los moribundos.

— Voy á vivir, — dijo Witold. — Pero ¿qué es lo que me queda que hacer?

— El bien — respondió el sacerdote.

En este momento se acordó Witold del mensaje y del donativo de Alejandra. No se atrevió á pensar en la joven, y alejó de su corazón estos recuerdos ardorosos, esta última esperanza. No podía gozar ya de la vida ni pensar en el casamiento y en el amor cuando se había apagado la juventud de Tadeo en una tumba sin gloria, cuando Alina en Glonki estaba consagrada á una viudez eterna. Pero pensó que esta fortuna que Alejandra desdenaba podía emplearse en algún uso noble, en un objeto generoso que le ayudaría tal vez á soportar la vida. Solamente que él no se encontraba con suficiente ánimo para volver á ver á la señorita de Nebutoff á su lado; puede que hubiera olvidado la muerte de su amigo y el luto de Alina. Contó todo al cura: su debilidad, sus combates, sus recientes esperanzas; esta fué su expiación.

— Id á verla de mi parte — le dijo concluyendo; — decidle que la amo, que la he amado mucho; pero que nos separa un gran luto, y que no tengo el derecho de darle mi nombre. Decidle también que su fortuna me es inútil; pero que me ocuparé con usted, si ella quiere, en aplicarla á obras caritativas. Está sola, está triste; tal vez las bendiciones de los pobres le harán bien.

Encargado de este mensaje, el cura salió para Berlín, y de allí para Viena. Encontró allí á Alejandra, y volvió en seguida á dar á Witold su respuesta. La señorita Nebutoff le decía que los 50.000 rublos que se había reservado para ella le sobraban para el partido que se proponía tomar. De los 100.000 ofrecidos á Witold, había decidido, de acuerdo con el cura, que la mitad se destinara á fundar un hospicio para los ancianos y los inválidos; la otra mitad para establecer una escuela para los niños y los huérfanos del partido nacional.

— Me encargo del hospicio — dijo el cura á Turno dándole cuenta de su mensaje; — pero la escuela os toca á vos. No consagréis solamente á ella esta suma que se os destina, sino también vuestro tiempo, vuestro trabajo, vuestro ardor, toda la mejor parte de vos mismo. No habéis podido salvar la Polonia presente; trabajad por la Polonia futura. Educad soldados y ciudadanos. Os comprometo al trabajo; pero no os prometo el triunfo. Tal vez vuestros cabellos hayan emblanquecido; tal vez estéis acostado en la tumba el día en que se vea liberada por los hijos que le habréis formado; pero vuestra vida habrá sido útil, completa y bien gastada. Os habéis dado á la patria, Witold, y no podéis volveros atrás.

— Ya que no he podido morir por ella, viviré

por ella — dijo Turno. Y resolvió guardar únicamente, para consuelo de su vida, su patriótica abnegación y el recuerdo de Alejandra.

Y durante este tiempo, la calma sombría, el cansancio tranquilo que se sigue á los grandes dolores, se estableció bajo el techo silencioso de Glonki. El destino había hecho de Alina una mártir; quiso también hacer una santa, porque no murió. Demasiado amante para olvidar á Tadeo, herida demasiado dolorosamente para consolarse de su pérdida, continuó su dolor por la resignación, la oración y el silencio. Un gran consuelo fué para ella el saber que Tadeo al morir la había juzgado bien, y que había llevado con él la certeza de conservar su amor. Vivía para no abandonar á su padre; pero como no tenía nada que temer ni nada que esperar, nada la turbaba ya. Virgen viuda, se consagró al culto de una tumba; este es el altar místico donde arde el fuego sagrado que no dejará nunca apagarse. Todos los que la conocen la admiran; todos los pobres del país (y ahora son muy numerosos) la bendicen, ruegan por ella y se enternecen cuando la ven pasar tan pálida, pero siempre bella, con sus vestidos de luto. Para ella al menos, este luto no está prohibido. Esta sombra de casamiento en Glonki, le ha procurado esta última satisfacción. Es Tadeo, el esposo, que ha muerto en el cadalso, y la señora de Oskierko tiene derecho á llevar luto.

Hacia fines del año pasado recibió una carta de Alejandra; estaba fechada en Roma. La joven rusa, no atreviéndose á hablarle de Tadeo, le enviaba, sin embargo, su ternura y sus lágrimas, y se asociaba de lleno á su dolor.

Del amor suyo, he aquí lo que le decía:

«El nombre de Witold no será nunca el mío, y su patria no es la mía; pero al menos su Dios será mi Dios. Ayer he abjurado el cisma. Mañana entro de novicia en el convento de las Madres de Montepincio. Sin temer nada, me doy toda á Dios, y sin embargo, habrá siempre en mis pensamientos un recuerdo, una oración reservada para Witold. Pero Dios no me castigará por esto, estoy segura de ello, porque á este amor debo la abnegación, la resignación, la verdadera fe y la inmortal esperanza.»

Alina leyó la carta con emoción, y lágrimas de gratitud se deslizaron de sus párpados.

— La habéis llamado y la habéis curado, Dios mío — dijo ella. — Y á Tadeo, en lugar de la dicha terrestre que pasa, le habéis dado la gloria divina que no concluye jamás. No envidio su felicidad, la han merecido... Pero la mía ¡oh Dios mío! no me la hagáis esperar mucho tiempo. Curadme, consoladme, llamadme á Vos también.

Se paró aquí y volvió á decir, al cabo de algunos instantes, bajando la cabeza:

— ¡Y tened compasión de los proscritos!

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Los primeros ferrocarriles.* — Es curiosa la siguiente relación de la fecha en que tuvo lugar la inauguración del primer ferrocarril en los países que se expresan:

Inglaterra.....	27 de Septiembre de 1825.
Austria.....	30 de Septiembre de 1828.
Francia.....	1.º de Octubre de 1828.
Estados Unidos.....	28 de Diciembre de 1829.
Bélgica.....	5 de Mayo de 1835.
Alemania.....	7 de Diciembre de 1835.
Isla de Cuba.....	Año 1837.
Rusia.....	4 de Abril de 1838.
Italia.....	Septiembre de 1839.
Suiza.....	15 de Julio de 1844.
Jamaica.....	21 de Noviembre de 1845.
España.....	28 de Octubre de 1848.
Canadá.....	Mayo de 1850.
Méjico.....	Año 1850.
Suecia.....	Año 1851.
Perú.....	Año 1851.
Chile.....	Enero de 1852.
Indias orientales....	18 de Abril de 1853.
Noruega.....	Julio de 1853.
Portugal.....	Año 1854.
Brasil.....	30 de Abril de 1854.
Victoria.....	14 de Septiembre de 1854.
Colombia.....	28 de Enero de 1855.
New-South Wales....	25 de Septiembre de 1855.
Egipto.....	Enero de 1856.
Australia del Sur....	21 de Abril de 1856.
Natal.....	26 de Junio de 1860.
Turquía.....	4 de Octubre de 1860.

*La zopisa.* — Bajo este nombre se ha presentado en Italia un nuevo cemento inventado por el coro-

nel Szerelmey, del cual nadie ha penetrado el secreto, aunque se sepa que entra el hierro en su composición.

Une perfectamente el ladrillo con el ladrillo, el ladrillo con la piedra, y la piedra con el cristal; de modo que traba y enlaza de un modo indisoluble dos materiales sólidos, cualesquiera que sean sus naturalezas.

Los ensayos que se vienen ejecutando dan resultados verdaderamente prodigiosos, como por ejemplo: después de haber unido dos botellas por sus fondos, y bajo una carga de tracción de 135 kilogramos, haberse roto el cuello de una de ellas antes que producirse la desunión por la pegadura.

Este cemento se puede aplicar al mismo papel, fabricándose tubería con semejante material, que resulta después impermeable; y, por último, empleando los materiales más endebles, ligeros y manejables, pueden obtenerse, después de cubrir el objeto con el susodicho cemento, multitud de aplicaciones á la decoración, al transporte y á otra porción de usos en que se desee economía é impermeabilidad absoluta.

Tejados, chimeneas y hasta edificios enteros de maderas y cartón, cubiertos con el citado cemento, se construyen todos los días con éxito creciente.

*La forcita.* — Bajo este nombre se presenta un nuevo elemento de destrucción que aventaja por sus efectos á la dinamita, tanto en fuerza como bajo el punto de vista económico.

Por su naturaleza es plástico, gelatinoso, y se compone especialmente de celulosa y nitroglicerina.

Es mucho menos sensible al choque que la dinamita, y por consiguiente, más segura para transportarla; su estado gelatinoso permite adaptarla á todas las necesidades y huecos en que deba producir sus efectos; es impenetrable para el agua; su fuerza expansiva es de un 25 á un 50 por 100 superior á la de la dinamita; y por fin, el precio de su fabricación es próximamente el mismo que el de ésta; pero como su fuerza es mayor, resulta más económica, según dijimos al principio.

El inventor, sueco de nacionalidad, ha pedido privilegio estableciendo una fábrica de su nuevo producto.

Los resultados prácticos que se consiguen recientemente con este nuevo producto del Sr. Sundstrom, han merecido repetidos elogios, y entre otros el autorizado del general Enrique L. Abbot, que no duda en proponer que sustituya á la dinamita en el servicio de torpedos.

*Progresos de la luz eléctrica.* — Según dice un periódico ruso, *El Mensajero Oficial de San Petersburgo*, parece ser que en aquella capital se vienen haciendo experimentos, cada vez con mejores resultados, acerca de un nuevo elemento productor de la electricidad aplicada al alumbrado. El sistema es sencillamente una modificación del elemento Daniel, constituyendo una verdadera batería que reemplaza al mejor dinamo-eléctrico entre todos los conocidos hasta el día, pues produce una luz constante en intensidad y sin oscilaciones de ningún género.

Esta iluminación eléctrica, debida á los desvelos del sabio ruso Sr. Stépanow, cuesta el 10 por 100 más barata que la del gas ordinario, con la misma ventaja de poder regularse, encenderse y apagarse uno ó varios mecheros á voluntad del consumidor.

De ser esto cierto, y considerando que la luz eléctrica no produce gases perniciosos á la salud como todos los otros sistemas de alumbrado, y que además no altera sensiblemente la temperatura de la estancia que ilumina, es lógico que el éxito del nuevo sistema sea tan absoluto como desean los amantes del progreso moderno.

*El kola-mut.* — Este arbusto, procedente de Guinea (*sterculia acuminata*), se emplea mucho en el Africa central. Contiene en gran cantidad cafeína, lo cual explica la influencia que ejerce en el sueño y los sentidos, sirviendo para confeccionar una bebida refrescante y reparadora muy apreciada por los indígenas. Nuevas investigaciones hechas recientemente acerca de él, han permitido atribuirle notables propiedades antialcohólicas. Cuando se masca, neutraliza por completo los efectos de el alcohol, y su uso constante llega á destruir en absoluto el deseo de beberlo, aun en los aficionados más empedernidos.

El fruto, que es una nuez, se toma en grandes cantidades por la mañana en ayunas, lo cual tiene la ventaja de ejercer la saludable acción indicada y



combatir las jaquecas, tan frecuentes en los países tropicales

Además de estas cualidades tónicas, estimulantes y preventivas, mascado como el tabaco y tragando la saliva, afirma las encías, combate la atonía de las vías digestivas y ejerce una repercusión favorable en el hígado, previendo las alteraciones constitucionales de estos órganos, frecuentes en los negros.

## MISCELÁNEA

CON el título de *El Crucero Filipinas y el Rdm. Sr. Arzobispo de Manila*, publica un periódico lo que sigue, que reproducimos en justa alabanza de nuestros hermanos de la Oceanía:

«El Reverendísimo señor Arzobispo de Manila acaba de dar una nueva prueba de su patriotismo. El conflicto hispano-alemán hizo nacer en muchos la idea de dotar á la patria de una escuadra de combate, que en el lamentable caso de tener que acudir á las armas, fuese auxiliar poderoso para mantener la integridad de nuestras provincias ultramarinas. El sentimiento unánime de todos los buenos hijos de España en aquellas remotas regiones, comenzó á revestir forma, por iniciativa de algunos marinos mercantes de la matrícula de Manila, que concibieron el grandioso pensamiento de recaudar fondos para adquirir un crucero que con el nombre de «Filipinas» fuese defensa y escudo de la patria en aquellos mares. La Sociedad Económica de Amigos del País de Manila, en sesión celebrada el 11 de Octubre, haciéndose eco de los sentimientos magnánimos del archipiélago, tan reconocido á los inmensos sacrificios que trescientos años ha viene haciendo España en favor suyo, adoptó el pensamiento de los marinos, y en consecuencia, designó una comisión que en nombre de la Sociedad se dirigiera al señor Arzobispo, á fin de que se pusiera al frente de pensamiento tan patriótico y le diese forma y dirección, con objeto de obtener el mejor resultado que es de esperar de la lealtad y acrisolado españolismo de todos los habitantes de aquellas islas.

El Rdm. P. Payo aceptó el encargo, y el 15 del mismo mes de la ilustre española Santa Teresa de Jesús, dirigió un llamamiento á los habitantes de Filipinas, llamamiento cuyos principales párrafos dicen así:

—«Después de tantos terremotos, ciclones y epidemias, vemos ahora agostados los campos por falta de lluvias, precisamente en la época que son más necesarias, y en perspectiva perdidas las cosechas y el hambre con todos sus horrores...

«Y habremos de retroceder en la empresa, y quedarnos en la inacción como meros espectadores de lo que suceder pueda, como si nada nos interesara el conflicto de la patria? Jamás. Mi lema será siempre: *Adelante!* Si no podemos presentar á nuestra madre patria una fragata blindada, será un crucero de primera ó de segunda clase; pero ya no es posible prescindir de que sobre las aguas filipinas flote un buque que, arbolando la bandera española, sea conocido en el mundo con el nombre de «Filipinas».

«Para conseguirlo, yo nada pido al pobre, si no es oraciones, porque el pobre nada puede dar; pero sí, por Dios, por nuestra sacrosanta Religión católica, apostólica, romana, que en estos países brilla con todo su esplendor y pudiera verse amenazada por fuerzas impías y heréticas, por amor á nuestra madre patria; por amor á este país, la mejor y más preciada perla de la corona de España, pido á todo el que tiene algo, que contribuya, libre y espontáneamente, con el óbolo que sus facultades le permitan y su patriotismo le inspire.

«Y en primer término pido y ruego á mis venerados y amados hermanos los señores Obispos sufragáneos, su valioso apoyo en favor de tan elevado pensamiento, excitando el celo de los señores Curas Párrocos y Coadjutores de sus respectivas Diócesis; para que todos coadyuven, por los medios que su experiencia y conocimiento de las personas les faciliten.

«Yo pido al venerable Cabildo Catedral y al Clero parroquial.

«Yo pido su apoyo y su ayuda á las respetables corporaciones religiosas de estas islas, que tantas pruebas tienen dadas de lealtad, patriotismo y desprendimiento en situaciones análogas.

«Yo pido á los individuos todos del ejército y armada el óbolo de su patriotismo nunca desmentido.

«Yo pido á todas las corporaciones civiles de estas islas, á la real Audiencia, á la Intendencia general de Hacienda, á la Dirección de Administración civil y á todas sus dependencias.

«Yo pido al comercio, á la industria y á la propiedad.

«Yo pido á todos y cada uno de los habitantes de estas islas que se cobijan á la sombra del pabellón español.

«Yo pido también á todos los señores extranjeros domiciliados en estas islas.

«Yo pido, finalmente, al gremio de chinos, que no pueden menos de estar agradecidos á las consi-



RDO. P. DSCHUGA,

De la Congregación del Sagrado Corazón de María.

deraciones que el Gobierno español les guarda y protección que les dispensa.

«Y á fin de simplificar la recaudación de fondos y hacer que alcance la mayor cifra posible en relación con los crecidísimos gastos del objeto á que se destina, en esta capital nos entenderemos directamente con los señores jefes de las corporaciones y dependencias, Prelados de las corporaciones religiosas y representantes del comercio, industria y propiedad, á fin de que por cada una de estas clases y corporaciones se nombre una comisión recaudadora.

«En las capitales de provincia los señores Vicarios foráneos, asociados por las personas que designen, interpondrán toda su legítima influencia para el mejor éxito de esta suscripción.

«Y sabido, como es, el justificado ascendiente que ha alcanzado la prensa en nuestros días, esperamos que los periódicos todos de Filipinas á su vez coadyuvarán á tan digno pensamiento, y abrirán también suscripciones en sus columnas con el indicado objeto.

«Y respecto á cada uno de los pueblos de este archipiélago, se observarán las reglas siguientes:

«1.<sup>a</sup> Los Sres. Curas Párrocos, acompañados de sus Coadjutores, ó del gobernadorcillo, ó de un principal del pueblo, acudirán á las casas de aquellos sus feligreses que, por su posición más desahogada, puedan contribuir con algún donativo; les explicarán el objeto de su visita, y excitarán á que contribuyan, en la medida de sus fuerzas, á tan patriótico pensamiento.

«2.<sup>a</sup> Las cantidades de este modo recaudadas, con lista nominal de los contribuyentes, se entre-

garán á los Vicarios foráneos, quienes á su vez las remitirán á nuestra Secretaría de Cámara por conducto de los Procuradores generales de las Ordenes religiosas en esta capital.

«3.<sup>a</sup> Las listas nominales de los contribuyentes se insertarán en el *Boletín Eclesiástico* de esta Diócesis y en los periódicos de esta capital para satisfacción de todos.

«4.<sup>a</sup> En esta provincia de Manila se entenderán todos para la entrega de fondos con dicha Secretaría ó directamente con el Arzobispo.

«5.<sup>a</sup> Los señores Obispos sufragáneos podrán adoptar estos mismos procedimientos, ú otros equivalentes, según las circunstancias de localidad y su buen deseo les inspire.

«El Arzobispo, que á todos se dirige, que de todos espera apoyo y cooperación, no duda un solo momento que por estos medios tan sencillos, y en vista de que á nadie se le obliga á contribuir ni se le hace fuerza, porque estos donativos, por lo mismo que son patrióticos, han de ser libres y espontáneos, se conseguirá el objeto que se desea y que la colecta será tan cuantiosa como se necesita para el alto pensamiento que á todos nos domina y que formará una página de gloria en la historia de España y de estas islas.

«Adelante, pues, y que ninguno desmaye al considerar la magnitud de la empresa relativamente á los recursos del país. Nada es demasiado grande para corazones españoles y católicos, y más hace el que quiere que el que puede.»

Diez días después, el Rdm. Sr. Arzobispo de Manila había depositado ya en el Banco Español-Filipino la respetable suma de 11.557 pesos fuertes, con destino á la adquisición del crucero «Filipinas». En todo aquel archipiélago reina grande entusiasmo. ¡Premie el cielo su buena obra al insigne Prelado que ha iniciado y dirige tan patriótica suscripción!

Posteriormente sabemos que la suscripción pasa ya de 30.000 duros.

Se asegura que el invierno presente va á ser fecundo en nieblas espesas.

Es innecesario recordar á los lectores que las nieblas, como las nubes, son debidas á la presencia del vapor de agua en una atmósfera más fría que la tierra. Hay nieblas extraordinarias, por decirlo así, históricas.

En el diario del reinado de Enrique III se habla de una niebla que envolvió á París en Enero de 1575.

La niebla—dice el diario—era tan densa, especialmente desde el medio día hasta la mañana siguiente, que hacía imposible el tránsito por las calles. Era espesa y negra, y apenas dejaba que se vieran una á otra dos personas que caminaban juntas. En los patios, en los tejados y en las calles se encontraron muchos pájaros muertos, que sin duda se habían estrellado al chocar en su vuelo con los invisibles edificios.

Estas nieblas son muy frecuentes en Londres, en donde con mucha frecuencia se ve encender los faroles de las calles á medio día.

En 1783 una inmensa niebla cubrió á casi todas las naciones de Europa.

En 1822 y 1823 las nieblas fueron tan espesas en Francia y España, que se podía impunemente mirar al sol al medio día.

Para escribir sobre el vidrio se puede usar la tinta preparada del modo siguiente: se hace fundir á un calor lento cinco partes de copal con treinta y dos de esencia de espliego, añadiéndole negro de humo para darle color, ó bien anilina ó bermellón, según el tinte que se elija.

La tinta así preparada no es alterada por los ácidos ni sustancias corrosivas, empleándose para rotular los frascos que contengan dichas sustancias.

## ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros abonados, cuya suscripción termina en este mes, se sirvan renovar ó dar aviso de la renovación lo antes posible, para que no sufran retraso en el recibo de los números.

Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.